



OSCAR ACOSTA
LUCIDEZ CREATIVA

COMPILADORES
Carlos López Contreras
Hernán Antonio Bermúdez

Oscar Acosta

Lucidez creativa

UDI-DEGT UNAH

Oscar Acosta

Lucidez creativa

Compiladores

Carlos López Contreras

Hernán Antonio Bermúdez

Coedición

Universidad Nacional Autónoma de Honduras

Fundación para el Museo

del Hombre Hondureño

863.5 Óscar Acosta, *Lucidez creativa* / Carlos López Contreras... [et al];
Os 19 Compiladores Carlos López Contreras y Hernán Antonio Bermúdez. —
[Tegucigalpa]: [Litografía Iberoamericana], [2015]
136 p.

ISBN: 978-99926-51-50-6

1.- LITERATURA HONDUREÑA
2.- ACOSTA ZELEDON, OSCAR ARNALDO, (1933-2014)

Óscar Acosta
Lucidez creativa

Compiladores

© Carlos López Contreras

Hernán Antonio Bermúdez

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-99926-51-50-6

Edición septiembre de 2015

Cubierta: Pintura al óleo del maestro Mario Castillo

Diseño de cubierta: Ana Lagos

Diagramación: Lilian Aguilar

Coedición

Universidad Nacional Autónoma de Honduras

Fundación para el Museo del Hombre Hondureño

Impreso por Litografía Iberoamericana

Barrio El Olvido N° 866, Tegucigalpa, M.D.C., Honduras C.A.

Teléfono: 2220-5411

Correo electrónico: litoibero@cablecolor.hn

Impreso y hecho en Honduras

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra.

Índice

Introducción	
<i>Carlos López Contreras</i>	7
1. El tiempo detenido	
<i>Leonel Alvarado</i>	13
2. Anticipación del geranio	
<i>Héctor M. Leyva</i>	27
3. Poeta en la memoria	
<i>Rigoberto Paredes</i>	37
4. En memoria	
<i>Hernán Antonio Bermúdez</i>	41
5. El escritor y el amigo	
<i>Sara Rolla</i>	45
6. Los amantes	
<i>Eduardo Bahr</i>	49
7. El hombre y su obra	
<i>José Antonio Funes</i>	53
8. El testarudo editor	
<i>José González</i>	59
9. Retrato	
<i>Rafael Leiva Vivas</i>	63
10. El forjador	
<i>Roberto Flores Bermúdez</i>	67

11. Más allá de los años <i>Giovanni Rodríguez</i>	71
12. El viento que viene de su nombre <i>Rolando Kattán</i>	75
13. Mi arca personal, mi viaje <i>Gustavo Campos</i>	79
14. Voz nueva de Honduras <i>Rafael Heliodoro Valle</i>	83
15. Poesía menor <i>Arturo Mejía Nieto</i>	85
16. Poesía de Oscar Acosta <i>Pablo Antonio Cuadra</i>	89
17. Palabras tiernas y verdaderas <i>Ramón Oqueli</i>	93
18. Poesía Vital <i>Julio Escoto</i>	103
19. Lo maravilloso y lo fantástico <i>Helen Umaña</i>	107
20. Palabra hondureña <i>Luis Jimenez Martos</i>	117
21. Un poeta poliédrico y humano <i>Segisfredo Infante</i>	125
Los Autores.....	129

Introducción

Al fallecer Oscar Acosta, me pareció que uno de los homenajes más dignos que a él pudiera tributarse, era la publicación de un libro auspiciado por instituciones con las que él se sintió más identificado, vale decir, que formaron parte de su entorno familiar.

Así, después de consultar con representantes de la cultura y de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH) y de la Fundación para el Museo del Hombre Hondureño, le ofrecemos al Poeta Oscar Acosta uno de los homenajes que a él seguramente más le hubiera satisfecho.

La Universidad Nacional Autónoma de Honduras le rindió el 5 de noviembre de 2014 un emotivo y espléndido homenaje en su renovado y admirable Centro de Cultura y Arte en Comayagüela, donde funcionó por un tiempo la Facultad de Medicina, y, además, decidió que el año académico del 2015 lleve por nombre Oscar Acosta. La Canciller Embajadora Mireya Agüero de Corrales le hizo entrega a Don Oscar del premio Rafael Heliodoro Valle el 26 de julio de 2013, instituido por la Secretaría de Relaciones Exteriores, mediante Acuerdo No. 383-SP del 3 de julio de 1984.

La Universidad Nacional Autónoma, bajo la rectoría de la doctora Julieta Castellanos y la Fundación para el Museo del Hombre Hondureño, presidida por el periodista Don Nahúm Valladares, han unido esfuerzos para brindar esta experiencia de cultura, cuyo título responde a la naturaleza del homenajeado, un escritor lúcido, además de lucido, por su claridad, ingenio, transparencia y precisión en sus inspirados escritos. Atiende también al intento de ubicar la

personalidad multidimensional de Oscar Acosta en las diversas actividades en que destacó, en el tiempo y en el espacio. Tarea de difícil consecución, como lo reconoce Don Segisfredo Infante en un artículo incluido en esta compilación.

Gran parte de las contribuciones que figuran en esta obra - las primeras 13— han sido escritas especialmente para este libro a solicitud de la coordinación por sus autores, quienes son críticos de literatura, ensayistas y profesores universitarios. Hay también, contribuciones contemporáneas de otros escritores amigos del Poeta Acosta que aparecieron en el libro “Oscar Acosta, Poeta de Honduras”, publicado en 1996 por la Editorial Guaymuras, de la 14 a la 21. Todas sumadas, hacen un saludo de 21 cañonazos en honor de Don Oscar Acosta.

Como Embajador de carrera, Oscar Acosta fue siempre meticuloso y prudente, sutil en sus palabras, pero claro en su contenido. El tenía un sentido del humor y de la broma inteligentes, que no se desperdiciaba. Cuando se ponía en marcha una gestión oficial o personal ante alguna autoridad y no se obtenía por respuesta más que el silencio, él utilizaba el calificativo más fuerte que se le ocurría para valorar esa conducta; con una sonrisa serena decía: “esa *person es desatenta*”.

Oscar era un hombre de convicciones claras, en lo político, social y económico; pero no intentaba imponérselas a los demás, porque el derecho a la libertad de conciencia iluminaba su vida y todas sus actuaciones.

El Embajador Acosta era un hombre tolerante; en el ámbito intelectual, rechazaba la fórmula política de que “*no hay*

libertad para los enemigos de la libertad". Su Revista Política que ilustró durante muchos años a los círculos intelectuales y diplomáticos sobre Honduras, constituye un verdadero testimonio para la historia del sentir y pensar de Honduras en diferentes épocas.

Como buen diplomático, Oscar era un admirable anfitrión de alegres y memorables tertulias ofrecidas en la hospitalidad de su casa; allí se daban cita para compartir en armonía festividades, personas de distintas concepciones ideológicas, de diferentes partidos políticos, status social y económico.

El Embajador Acosta era, además, un gestor de las letras y de la historia: a todos sus amigos les insistía en la conveniencia y necesidad de escribir sus experiencias y memorias; de dejar testimonios, como un camino para escribir con una verdadera perspectiva la historia de Honduras; "si no lo hacemos -decía—tendría razón el poeta al expresar que la historia de Honduras se puede escribir *"en una lágrima"*, pero una lágrima que cae en el vacío y, ese vacío, tomado como punto de partida daría lugar, en el mejor de los casos, a una historia inventada."

En el período 1986/1990, desempeñándose él como Embajador ante el Gobierno Italiano y, posteriormente, ante la Santa Sede, la Cancillería lo traía todos los años a Tegucigalpa en el mes de septiembre para que coordinara la preparación de su memoria anual. Con ese documento, que siempre fue muy completo y entregado con puntualidad, se puede examinar la historia diplomática de esa época de Honduras en todas sus incidencias.

Algo que hasta ahora resulta inédito es que, mientras se ventilaba el juicio con El Salvador ante la Corte Internacional

de Justicia, los dos Gobiernos exploraron la posibilidad de lograr un acuerdo negociado global sobre el diferendo terrestre y marítimo y dejar como único tema de la controversia la discusión de la soberanía sobre Meanguera y Meanguerita, cuya decisión, si así lo hubieran decidido los dos Estados por medio de sus órganos competentes, podría haberse sometido a la decisión de la Santa Sede. Las exploraciones con El Salvador no cristalizaron y, en consecuencia, todo el diferendo fue resuelto por la Corte Internacional de Justicia por medio de la sentencia del 11 de septiembre de 1992.

Oscar Acosta era, en esos años, nuestro Embajador en Santa Sede y con su profesionalismo y credibilidad ante las Autoridades de Vaticano, en dos oportunidades se exploró la posibilidad de que la Santa Sede actuara en ese diferendo limitado.

El Embajador Acosta era también un investigador compulsivo: en cierta ocasión descubrió en una tienda de antigüedades europea una litografía ecuestre del General Francisco Morazán, vestido de civil, del siglo XIX, elaborada por el grabador Francisco Cisneros y, siendo él Embajador en Italia, la hizo reproducir en el Instituto Italo Latinoamericano; esa litografía, años más tarde, serviría como inspiración para las alegorías morazánicas de nuestro célebre pintor Miguel Ruiz Matute quien, con su particular estilo muralista y modernista, proyecta la personalidad del héroe en lienzos tridimensionales.

Y, así como descubrió y adquirió esa litografía, en sus incursiones por tiendas de libros y documentos antiguos, también obtuvo para el Gobierno de Honduras numerosos documentos de interés para la defensa de nuestra soberanía.

Lo admirable de Oscar Acosta es que era tan amante de las letras que, por sí y ante sí, se impuso la tarea de contratar una colección de unos 50 retratos de los principales escritores hondureños, por el maestro Mario Castillo, colección que ahora está al cuidado de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

Como Embajador de carrera, él estaba muy preparado para ejercer su oficio; pero gozaba de una ventaja comparativa frente a otros Embajadores: su altísimo nivel cultural que lo convertía en interlocutor válido de las expresiones de la cultura hondureña y amplio conocedor de la cultura universal.

Después de largas dolencias físicas, el alma de Oscar al conquistar su libertad, emprendió su vuelo de retorno hacia el infinito de la paz, a reencontrarse con su Creador, tras una vida fecunda, patriótica y creativa al servicio de Honduras y de la humanidad.

Esperamos que este libro, “Oscar Acosta, Lucidez creativa”, sea del agrado de la colectividad hondureña, americana y de los numerosos amigos y admiradores de Oscar Acosta en el mundo.

Carlos López Contreras

Tegucigalpa, M. D. C., 30 de diciembre de 2014.

UDI-DEGT UNAH

Oscar Acosta: el tiempo detenido¹

Leonel Alvarado

La poesía hondureña no pasó por 1922 —año esencial para la literatura contemporánea por la aparición del *Ulises* de Joyce, *La tierra baldía* de Eliot, *Trilce* de Vallejo y *Altazor* de Huidobro— y se quedó sin vanguardia. Por ello, lo que mal llamamos vanguardia es, en realidad, una postvanguardia que logró darle, con varias décadas de desventaja, otra dimensión a nuestra literatura incorporándola al universo descubierto por Vallejo, Huidobro, Neruda y los poetas españoles del 27. Sólo así se explica esa renovación lingüística, sobre todo metafórica, impulsada por esta generación. Esto generó una obra que si bien ha sido muy diversa, se ha caracterizado por la convivencia de los dos proyectos que han definido el desarrollo de nuestra poesía: el público, sobre todo en Roberto Sosa, Pompeyo Del Valle y Nelson Merren; y el privado, especialmente en Oscar Acosta, Antonio José Rivas y Edilberto Cardona Bulnes. Esto no implica que la separación sea absoluta y que estos poetas no compartan temas y actitudes similares.

Desde sus primeras publicaciones, Acosta, Rivas y Cardona Bulnes mantuvieron una actitud de reserva y hasta de silencio en todo lo que se refería a su quehacer literario. Por varias circunstancias, Cardona Bulnes y Rivas llevaron al extremo su silencio, pues se retiraron a su ciudad natal y no salieron sino poco tiempo antes de morir. Acosta, en cambio, llevó

¹ Adaptado del libro *Vida y obra de Bulnes, el memorioso*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 2007.

una vida pública muy activa, pero esto no alteró la privacidad en que se mantuvo su poesía. Su caso es similar al del mexicano José Gorostiza, quien nunca abandonó esa actitud de retiro a pesar de ocupar cargos en el gobierno y, sobre todo, del enorme impacto de su obra. Esta actitud personal es consecuente con la obra. Para el caso, el tono esencial de la poesía de Acosta se define desde el primer poema de su primer libro, *Poesía menor* (1957):

El libro de poemas

Estas páginas llevan el mismo rumbo.
Todas ellas forman una alameda de norte
a sur; árboles solos en la noche.
No hay descanso para ellas. Las interroga
el hombre cuando necesita un espejo,
cuando la lágrima busca un ojo redondo,
cuando una caricia requiere constructor;
se buscan, hacen falta, se abren solas
como una enorme y misteriosa flor de plumas.
Leamos, en voz baja, el libro de poemas. (11)

La propuesta de Acosta consiste en una aproximación “en voz baja” a la poesía. Es decir, una relación íntima entre el poeta y el lenguaje. No se trata del intimismo romántico que le permitía al yo lírico descargar sus emociones, sobre todo sus angustias, sino de esa necesidad de encontrar un lenguaje que por ser tan transparente no se interponga entre el hombre y el mundo. Como Sosa y del Valle, Acosta ha descubierto el poder iluminador de la metáfora, pero en su mundo no existe la violencia latente en la poesía de aquéllos. Lo que le interesa a Acosta es, sobre todo, definir un lenguaje que se acerque a la estética de la poesía pura; en esta etapa de su obra la preocupación fundamental es encontrar esa pureza

en la que las palabras “se buscan, hacen falta, se abren solas” dentro del único mundo que existe: el universo cerrado del libro de poemas. La identidad intrínseca del lenguaje no se define por su capacidad de nombrar el mundo de afuera, como ocurre en los dos poetas citados, sino por ser capaz de “formar una alameda de norte a sur”, es decir, un mundo que se baste a sí mismo. De hecho, este primer libro de Acosta anuncia el mundo cerrado de un libro posterior: *Tiempo detenido* (1961), en el que cuaja la idea artesanal de “construir” el poema, como dice en el texto ya citado. Esta relación artesanal con el lenguaje es fundamental en la poesía pura, pues el poeta es un artífice que sólo cuenta con las palabras para construir una nueva realidad. Al final, tanto el poema como su hacedor se quedan “solos en la noche”, como dice Acosta. Hacia esa identidad monolítica iba la poesía de Acosta; será interesante ver lo que ocurrió en su obra posterior. Por lo tanto, el proyecto de Acosta consiste en construir una poesía totalmente privada, cuya singularidad y hermetismo, como luego ocurrirá en Rivas y en Cardona Bulnes, es producto de exploraciones con el lenguaje casi sin antecedentes ni mucho menos seguidores en la literatura hondureña. A partir del poema citado, la lectura de la poesía de Acosta siempre será “en voz baja”, incluso cuando se trata de temas civiles: poemas a la patria, a un héroe nacional o a una ciudad.

A propósito, hay dos temas casi ineludibles en la literatura hondureña, y la poesía de Acosta no es la excepción: la Patria y Francisco Morazán; sobre este último han aparecido antologías completas y varias novelas y libros de ensayo. Volver a estos temas es parte de una necesidad ontológica que busca definir la identidad nacional o la hondureñidad a partir de eventos históricos que quizá nunca pierdan vigencia. Aunque este tema requiera un estudio aparte, cabe mencionar

que Morazán, el hombre y el mito, es el símbolo esencial de una identidad posible que el hondureño siente que le fue arrebatada en el siglo XIX y a la que todavía nos sentimos con derecho. Por lo tanto, Morazán se ha convertido en lo que Frederic Jameson califica de “una alegoría nacional” (1972: 24) en la que se proyectan las aspiraciones, no del todo definidas, de una colectividad. Esto permite que la discusión trascienda el ámbito meramente intelectual y adquiera los visos de una preocupación ciudadana. Al ser transformado en discurso, dentro del gran registro que define nuestra nacionalidad, el nombre de Morazán entra fácilmente en el espacio de la manipulación y, de hecho, de más está decir que desde ese mismo nombre, plagiado por la demagogia, se han ganado elecciones presidenciales.

Asimismo, tanto en los temas amorosos como en los civiles, parece que la poesía hondureña, incluida la de Acosta, se ha visto obligada a pagar una deuda histórica con el siglo XIX. Los conflictos del presente hacen que se vuelva a los temas civiles decimonónicos por una necesidad ontológica de redefinir la hondureñidad. El regreso al Romanticismo implica, así, una dependencia que también ha contribuido al aislamiento de nuestra literatura. Por esa necesidad intrínseca del hondureño de definir una identidad que siempre ha sido elusiva, no sorprende que un poeta tan cercano a la poesía pura como Acosta o un poeta tan íntimo como Jorge Federico Traveso busquen señas de identidad, no como poetas, sino como hondureños, frente a Morazán. Sin embargo, en el caso de estos poetas es la relación personal con el lenguaje la que acaba imponiéndose al tema civil. Es decir, la solución siempre es textual porque el compromiso es primero con la poesía.

En 1976, Acosta publicó en España una antología en la que incluye diez libros; de éstos, *Poesía menor*, *Tiempo europeo*

(1960) y *Tiempo detenido* corresponden a una etapa de exploración con el lenguaje que lo acerca a la poesía pura de Jorge Guillen y, por ende, a Rivas y a Cardona Bulnes, sobre todo en *Tiempo detenido*. En este libro se propone construir un poema orgánico cuya esencia reside en la reflexión sobre el acto poético. Al final de su extenso poema se llega a este reconocimiento:

A todo le dije mi palabra. A los muros,
a las canciones, a las horas felices,
al geranio, al agua, al gorrión
que anuncia con su trompeta la primavera.

Antes había hablado del rostro
que en la penumbra vemos, de la estrella
y otros sucesos dulces
que volvieron mi idioma simple.

La poesía, madre dulcísima,
es el origen de todas las cosas.
Así lo he comprendido en estas páginas. (66)

Este es el mundo anunciado en el primer libro de Acosta. Porque si antes había formulado la necesidad de encontrar un lenguaje transparente que fundara otra realidad, ahora está convencido de que “[L]a poesía... /es el origen de todas las cosas”. Aquí, Acosta ha entrado en el terreno de la poesía pura, en la que las presencias exteriores —el geranio, el agua o los gorriones— han perdido su tangibilidad original y ahora sólo son reales dentro del poema. Se ha llegado, así, a un “idioma simple”, que antes era desconocido en nuestra poesía. Aunque en Acosta se revela la misma actitud de respeto y humildad frente a las cosas que encontramos en la poesía de Travieso, en éste la relación entre el lenguaje y el

mundo estaba mediatizada por una retórica tradicional que, a pesar de algunos atrevimientos rítmicos, no logró despojarse del todo de la preceptiva. Lejos de la camisa de fuerza de la rima y la métrica tradicionales, Acosta se vale de la libertad expresiva del verso libre y lo utiliza como base rítmica y musical de su poesía. Precisamente, la soltura rítmica es parte de la transparencia verbal, es decir, del “tono menor” que siempre ha caracterizado a Acosta. Además, su poesía roza los límites de la poesía conversacional, pues se abre a la enumeración sin timideces y, sobre todo, sin las mediaciones retóricas de románticos y de modernistas. De hecho, este poema tiene el tono de una confesión en la que Acosta no duda en poner en evidencia su itinerario poético hasta llegar a la única verdad que para él existe. Claro que su ruptura con el canon romántico- modernista no es total porque siempre vuelve a elementos reconocibles: trompetas que anuncian la primavera, rostros en la penumbra, los buenos presagios en las estrellas; esta convivencia pacífica de romanticismo y poesía pura nunca abandonó a Acosta.

Después de un libro así sólo se podía esperar que Acosta ahondara más en su exploración y diera el paso que dio Gorostiza de la transparencia franciscana de *Canciones para cantar en las barcas* (1925) a la profundidad deslumbrante de *Muerte sin fin* (1939). Por lo tanto, un libro como *Tiempo detenido* es un acontecimiento feliz en la poesía hondureña de principios de los sesenta, no sólo porque es un poema total, sino porque anuncia otros rumbos. Sin embargo, desde la perspectiva que dan cinco décadas de historia literaria, sorprende que Acosta haya renunciado a esa búsqueda y, más bien, haya vuelto a dos temas tradicionales: la poesía amorosa y la poesía civil. En cierto sentido, Acosta retomó lo que Travieso había dejado inconcluso. Estos temas habían aparecido en sus primeros libros, pero a pesar de ser

tradicionales, el lenguaje poético de Acosta los había, literalmente, iluminado. No significa que esto no ocurra en *Escritura amorosa* (1962) y los otros libros posteriores a *Tiempo detenido*. No obstante, se vuelve a una poesía de códigos reconocibles que, por el peso tradicional de los temas que aborda, abandona el trabajo de renovación del lenguaje que había distinguido a Acosta. Es decir, la libertad formal que Acosta había descubierto en el hermetismo de la poesía pura ahora pierde su autonomía porque vuelve al repertorio tradicional de la poesía amorosa. La poesía deja de ser “el origen de todas las cosas”, credo fundamental de la poesía pura, y su lugar lo ocupa el amor. Así, la búsqueda de Acosta ya no ocurre dentro de la poesía, sino que es hacia afuera.

Esto lo lleva a buscar un “tiempo detenido”, no para la poesía, sino para el amor:

Para quererte a ti
detuve el tiempo con la mano
como si el tiempo fuera
agua tranquila. (83)

De su mundo de referencias han desaparecido los libros, a los que siempre volvía, pues ahora todo lo ve desde el amor. Además, sólo a través de la mujer puede encontrar la poesía:

Pero yo vi un reino entre tus labios
y un vino intacto en tus manos
y asocié la poesía a tu persona,
a la humanidad y a las cosas
y queriéndote a ti
aprendí a amarla. (95)

La temática de esta etapa de Acosta traiciona la “verdad” encontrada en la poesía anterior. Sin duda, se trata de una

elección personal que redefine el desarrollo de su obra, es decir, el proyecto estético propuesto desde su primer libro. A través de esta poesía amorosa, Acosta volvió al registro del Romanticismo, filtrado a través del Modernismo, tanto en los temas como en el lenguaje: no sólo en el uso del repertorio ya señalado, sino en la adjetivación. Incluso el siguiente libro tiene un título modernista: *Vitrales* (1958-1962). Es modernista porque alude a un elemento que, según Walter Benjamín, definió la posición del poeta frente a la modernidad: el descubrimiento de la cultura de la vitrina, inaugurada con el surgimiento de los pasajes comerciales en París a inicios de 1850. Precisamente, Benjamín señala, a través de la figura de Baudelaire, el impacto que el proceso de modernización tuvo en la sensibilidad del artista y cómo éste se vio forzado a crear estrategias de sobrevivencia desde su marginalidad. Este nuevo culto del escaparate, estrechamente relacionado con los vitrales del libro de Acosta, es esencial para difundir una cultura del espectáculo acorde con el recién estrenado exhibicionismo de los diletantes y los nuevos burgueses; en aquellas urbes que lo permiten, ambos se exhiben en los nuevos espacios (el café, el club, el boulevard, el teatro), obligando, así, al intelectual modernista a asumir una pose desde su condición periférica. La pose es parte de un discurso que tiene consecuencias intelectuales y políticas; así la asume Molina, a quien Acosta le dedica el primer poema del libro. Este poema es una “Lectura de Juan Ramón Molina”, y en otros poemas realiza una especie de Ubi sunt que reúne a poetas románticos y modernistas; vuelve, así, a la tradición del medallón modernista para definir su propio “linaje” poético. Dentro de esta sensibilidad tradicional, el diálogo con el romanticismo de Travieso es innegable. Para el caso en “Rostro de muchacha”, de 1963, recurre a los códigos reconocibles del escenario romántico:

Tengo tu suave rostro entre las manos
y a veces no es tu rostro, es manzana
o estrella que en la noche brilla. (117)

Otro elemento que lo acerca a Travieso es el hecho de que la soledad ya no es el estado que permite el encuentro con el lenguaje, como sucede en Rivas y en Cardona Bulnes, sino el resultado de una pérdida amorosa: “Estar solo es no estar contigo”. También en la poesía civil se encuentra con Travieso, tanto en los temas tradicionales como en esa actitud íntima al abordarlos: a la realidad del tema, sea el país o Morazán, se impone una realidad textual que por ser tan íntima no toca el objeto del que parte; el tema se vuelve una referencia lejana, alterada por una percepción estrictamente personal.

En Acosta reaparece ese dilema que llevó a Froylán Turcios a apegarse al Romanticismo y que hizo que Pompeyo del Valle abandonara la poesía comprometida y se autocalificara de poeta amoroso; esto es parte de ese apego “a la vieja concepción cultural del yo”, del que hablaba Angel Rama (1985:33). El hecho de que muchos poetas hondureños hayan vuelto, por decisión o convicción, a una poesía tan tradicional en el tono y los temas ha contribuido a restarle dimensión internacional a nuestra literatura. Esos pequeños dramas que Travieso no abandonó, a pesar de que no quería tomárselos tan en serio, han generado una poesía reconocible y, por eso mismo, poco renovadora. Por una parte, las influencias que han transformado la literatura universal nos han llegado tarde y, por otra, nos hemos apegado a un paternalismo intelectual que nos ha impedido establecer una distancia saludable entre nosotros y nuestros mayores. Además, hemos caído en la trampa de un maniqueísmo discursivo que tiene sus bases en nuestra realidad sociopolítica. A esto ha contribuido una

crítica escasa y complaciente que termina canonizando al poeta y volviendo intocable su obra. Además, en muchos casos, el crítico termina imponiendo sus predilecciones.

Algo le falta a la poesía hondureña: una actitud de enfrentamiento generacional, de reacción de un movimiento literario respecto a sus predecesores. Se trata de una literatura sin parricidios, en la que los jóvenes en ninguna época han asumido con claridad y determinación esa actitud que Monsiváis señala a propósito de los jóvenes escritores mexicanos de varias generaciones: “Si no somos distintos al pasado inmediato nunca habitaremos el presente” (2000: 54). No ocurrió, para el caso, la saludable irreverencia antidiarariana que liberó a la Generación del 25 en Nicaragua y definió su rebeldía tanto estética como política. A pesar de lo prematuro de esta revuelta, su actitud era necesaria para acabar no con Darío, sino con el desgaste ditirámico que se hacía del Modernismo. Por el contrario, la literatura hondureña, en general, está plagada de transiciones generacionales. Hay que dejar claro que el hecho de carecer de una tradición literaria vuelve difícil la tarea de definir a cada generación. La convivencia, en una misma época y en los mismos espacios intelectuales, de poetas que supuestamente pertenecen a distintas generaciones ha hecho posible una transición sin violencia entre diferentes estilos y perspectivas éticas y estéticas. Al único extremo que se ha llegado es al ataque personal, que a pesar de su virulencia no ha impedido el traspaso de influencias y credos literarios.

Hay varias circunstancias que explican esta actitud, es decir, la falta de una tradición de la ruptura. Por una parte, se debe a la longevidad de las dos estéticas que marcaron nuestra literatura durante el siglo XX: el Romanticismo, filtrado a través del Modernismo, y la poesía militante. El primero no

fue abandonado en el Modernismo ya que, por el contrario, fue esencial para definir las bases estéticas y hasta políticas de éste. Así, en el primer Modernismo se funden la tradición romántica —que ocurrió en América, en los primeros libros de Darío, y en España, en el sempiterno credo becqueriano de Jiménez— y la renovación neo-simbolista. En la literatura hondureña de principios de siglo convivieron románticos y modernistas, haciendo que, incluso bien entrado el siglo, el Modernismo no abandonara su filiación romántica decimonónica, ni en la obra de Turcios ni en la poesía de Travieso, aunque en este último se da una transición hacia la generación posterior. Esta convergencia generó, entre otras actitudes, una “pureza amorosa” que no abandonó a muchos de los poetas de la segunda mitad del siglo, como Acosta, Del Valle, Sosa y Rivas. A pesar de la distancia estética y política, no ocurrió ningún rompimiento violento, como no fueran los ataques, no a la poesía, sino al poeta.

Volviendo a la poesía de Acosta, no hay que olvidar que nos separan cinco décadas de la publicación de *Tiempo detenido*, cuyas propuestas en el terreno del lenguaje generan un diálogo renovador con la poesía de Rivas y, sobre todo, con las preocupaciones de Cardona Bulnes. La ausencia de poesía amorosa en éstos, sobre todo en Cardona Bulnes, por una parte los separa de una larga tradición en la poesía hondureña y, por otra, hace que su mundo poético se vuelva mucho más cerrado y no le dé cabida ni al drama sentimental ni a la confidencia, esenciales en la poesía amorosa. Acosta se alejó de la poesía pura, con lo que en su obra el discurso se impone al lenguaje. Su poesía sigue siendo privada, pero, al valerse de registros reconocibles, deja de ser hermética. Tres años después de que Acosta publicara *Tiempo detenido*, apareció *Mitad de mi silencio* (1964), de Rivas. En este último se continúa, con las variantes del caso, la búsqueda de Acosta,

ya que el gran dilema de Rivas es la construcción de un mundo poético personal sin abandonar ni las formas ni el lenguaje tradicionales. Para hacerlo, recurre a dos elementos esenciales en la poesía pura: sólo existe la realidad creada por medio del lenguaje y esa realidad se construye desde un yo, que también acaba supeditado a ella. Esta búsqueda también será esencial para Cardona Bulnes.

Acosta, Rivas y Cardona Bulnes buscan universalizar la poesía hondureña, no a través de la temática que abordan sino por medio de una estética que trasciende los discursos y la mitología provincianos y los emparenta a la gran corriente de la poesía pura en español; al hacerlo, se enfrentan a ese gran dilema entre la tradición y la modernidad, planteado con una extraordinaria velocidad intelectual por Domínguez, Molina y Turcios. De hecho, la poesía de Acosta nunca abandonó esa formación cultural del yo de corte decimonónico, de la que hablaba Rama; a esa tradición regresa para no salir más después de Tiempo detenido, el libro que sigue siendo su gran proyecto renovador.

Bibliografía

- Acosta, Oscar. *Tiempo detenido*. Quezaltenango: Municipalidad de Quezaltenango, 1965.
- . *Poesía: selección 1952-1971*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1976.
- Benjamin, Walter. *Iluminaciones*. Trad. de Jesús Aguirre. Madrid: Taurus, 1971.
- Blanch, Antonio. *La poesía pura española: Conexiones con la cultura francesa*. Madrid: Gredos, 1976.
- Cardona Bulnes, Edilberto. *Los interiores*. Elche: Tipografía dura, 1973.
- . *Jonás, al fin del mundo o líneas en una botella*. San José: EDUCA, 1980.
- Del Valle, Pompeyo. *Antología*. Tegucigalpa: SECTUR, 1991.
- Domínguez, José Antonio. *Himno a la materia*. Tegucigalpa: Ministerio de Cultura, 1985.
- Jameson, Fredric. *Marxism and Form. Twentieth-Century Dialectical Theories of Literature*. Princeton: Princeton University Press, 1972.
- Molina, Juan Ramón. *Tierras, mares y cielos*. San José: EDUCA, 1986.
- Monsiváis, Carlos. *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*. México: Era, 2000.
- Rama, Angel. *Las máscaras democráticas del Modernismo*. Montevideo: Arca editorial, 1985.
- Rivas, Antonio José. *Mitad de mi silencio*. Tegucigalpa: Editores Unidos, 1990.
- . *El agua de la víspera*. Tegucigalpa, Honduras: Editorial Guaymuras, 1996.
- Sosa, Roberto. *Muros*. Tegucigalpa: Imprenta Calderón, 1966.

Travieso, Jorge Federico. *La espera infinita*. Tegucigalpa: Imprenta Calderón, 1959.

Turcios, Froylán. *Poesía completa*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1986.

UDI-DEGT UNAH

Anticipación del geranio

Héctor M. Leyva

*“Las canciones se cantan sin el más leve asombro
porque emergen de una voz que creemos haber
enterrado...”*

Oscar Acosta

Los geranios pueden ser la flor más recurrente en la poesía de Óscar Acosta. Representación de la belleza cotidiana.

De lo que siendo muy próximo y común es sustancial. Poesía del tiempo cotidiano, de lo efímero, del amor pero también poesía introspectiva, en ocasiones especulativa y en ocasiones ambiguamente política. La relectura de este autor indispensable para la poesía hondureña (como los demás de su generación, Roberto Sosa, Antonio José Rivas, Pompeyo del Valle), permite apreciar de qué modo su obra pudo anticipar acentos que se tienen por característicos de la sensibilidad y la escritura poéticas de hoy. De las cinco propuestas que Italo Calvino definió para la literatura del nuevo milenio, la poesía de Óscar Acosta pudo conocerlas todas: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad. Formado en el vanguardismo hispano-americano (especialmente en los bosques nerudianos), la obra de Óscar Acosta afinca el entendimiento de la poesía como una exploración: exploración de las posibilidades expresivas, cognoscitivas e imaginativas de la lengua y exploración de

las figuras que puede adoptar la sensibilidad en su roce con el mundo¹.

En la jerga de hoy podría decirse que *Poesía menor* (1957) encierra una acción afirmativa, en el sentido de que reivindica lo que pudo ser despreciado, discriminado negativamente. Poesía de lo pequeño, de lo elemental, de lo leve. Poesía modesta que elude la grandilocuencia, en clave íntima. Poesía en voz baja pero no por ello simple. Si por menor se alude a la conciencia de lo mínimo, de los accidentes apenas perceptibles del mundo, entonces esa poesía puede ser de lo más importante. Poesía de lo velado, del rastro, del rumor. Más aún, uno podría preguntarse si es que acaso puede existir una poesía mayor.

Gilíes Deleuze y Félix Guattari definieron la ‘literatura menor’ como aquella que labraba un escritor dentro de una lengua y una literatura mayores, como la de Franz Kafka, quien siendo un judío de origen checo debió valerse de la lengua alemana confrontándola, lo mismo que sus modelos literarios. Escritura como batalla por darle expresión a la experiencia vital más personal, como confrontación con el lenguaje y los modos literarios estabilizados de la literatura hegemónica². Búsqueda de una escritura a contracorriente de una rutinaria retórica de la que pudo ser consciente Oscar Acosta desde sus inicios para hacerle un lugar a los accidentes de su distintiva sensibilidad.

¹ Se sigue en esta lectura la antología que hiciera el propio autor de su obra: Acosta, Oscar. *Po. la. Selección (1952-1971)*. Madrid: Ediciones de cultura hispánica. 1976. Sobre los rasgos de la literatura contemporánea ver: Calvino, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela. 1989.

² Deleuze, Gilíes y Guattari, Félix. *Kafka. Toward a Minor Literature*. Minneapolis, London: University of Minnesota Press. 1986. Página 18.

Refiriéndose al recuerdo de la amada dice que la siente como una “estrella tibia”. Como la luz de la estrella, ella es leve y es todo:

“No quiebra el agua su perfecta dulzura...”
 (“La estrella” 12)

Poesía amorosa, es una poesía entregada a la amada, al reconocimiento de ese sujeto otro, ajeno y de quien, sin embargo, emana el que puede ser el sentimiento más noble del poeta. Su escritura es búsqueda de su presencia evanescente. Dice reconocerla en las cosas mínimas que la rodean, “en los sucesos triviales, en los objetos humildísimos” que le permiten acercarse a su “pequeño corazón” (“La presencia de las cosas” 14).

Percibe en el cuerpo de la amada a la naturaleza (al mar que ha dado forma a su cuerpo y que con ella fluye), a las fuerzas que antecediéndola y comunicándole su ser resultan inaprensibles y odiosas como un amante que tuviera precedencia sobre ella:

¿... cómo cercar con mis oscuras manos
la invasión húmeda del poderoso cuerpo movedizo
y hacer resbalar a un abismo sus translúcidos
miembros...?
 (“La batalla” 15)

En algunos de los poemas es la separación la que angustia al poeta. Ella se encuentra lejos, tarda en volver. Entonces él la busca y la espera. En un bar está triste y el licor baja al “pez redondo” de su corazón (“El bar” 18). Por un teléfono viene su voz de países distantes y transforma su habitación “empobrecida por el recuerdo” (“El teléfono” 16). Cada

poema parece una instantánea de una historia de amor que, sin embargo, se elude. No se nos cuenta con su extensa materia y sus fuertes ataduras como una gran historia, sino como una discreta, en sus instantes huidizos y quizás por eso significativos. Hay también un canto a los amantes que en la lectura romántica podría entenderse como el de la celebración del reencuentro. Son los amantes de quienes han venido hablando los poemas y son los amantes cósmicos.

“Están desnudos como niños desvalidos
y en sus sentidos se concentra el mundo.”
 (“Los amantes” 20)

Otros poemas extienden el entendimiento de la poesía como conciencia a otras experiencias y manifestaciones del mundo. Escritura que se interroga por los recuerdos, por la nostalgia o el olvido, por el alma del caballo o de los perros, o por la del árbol:

“Amurallado, vertical, el árbol está solo.”
 (“El árbol solo” 26)

Hay poemas también a los libros, a los parques, a los muros y en todos ellos interrogaciones respecto de su ser, o tentativas de respuestas de lo que el poeta encuentra en ellos. Como en el recuerdo del poeta amigo, cuyo cuerpo reposa lejos y de quien le queda una “decidida tristeza” (“El nombre bajo la hierba” 31).

En *Poesía menor* el poeta pudo dar con las claves de una escritura que iba a conseguir desarrollar en sus siguientes libros. Unas claves que le pudieron ser reveladas en el Neruda de las *Residencias* y las *Odas elementales*. Escritura

de introspección, de fulgor verbal, pero también de intensidad emocional.

A diferencia del chileno, sin embargo, el hondureño iba a practicar una poesía de momentos raros, a la que solo iba a volver esporádicamente. Los poemas parecen altos en el camino. Una vivencia muchas veces mínima, en ocasiones especulativa y muchas otras renovadamente amorosa reclaman su pluma. El poema les da forma, sustancia, las decanta:

“Para quererte a ti
detuve el tiempo con la mano
como si el tiempo fuera
agua tranquila.”
(“Oportuna presencia” 83)

Son las experiencias recordadas en tranquilidad del famoso Wordsworth a las que el poeta vuelve como al alimento necesario. La amada es el motivo primordial de su canto en *Formas del amor* (1959), *Escritura amorosa* (1962) y *Poemas para una muchacha* (1963). No podía ser de otro modo, el poeta está convencido de haber recibido del cielo el regalo de esa mujer y quizás no haya sentimiento más importante que el del amor.

“El sol cae en los patios como fruta
mientras amo tu cuerpo de muchacha.”
(“Sol de muchacha” 119)

“Es imposible. Es casi increíble
el prodigio de que seas mía.”
(“Prodigiosa realidad” 81)

Pero esa poesía de raros momentos, reuniéndose con el pasar de los años en sus distintos libros recrean el arco de una vida. Los lugares donde el poeta vivió, la gente con quien se confundió, los motivos de su interés intelectual, los asuntos domésticos, la familia. Son los poemas de *Tiempo europeo* (1960), *Tiempo detenido* (1961), *Vitrales* (1958-1962), *Escrito en piedra* (1962), *Círculo familiar* (1952-1965).

“Existencia de los seres y cosas” ofrece una curiosa representación poética de las eras de la historia. Una época fue la del “geranio” cuando “en voz baja se reía el silencio”, otra fue la del “agua” cuando “las muchachas buscaron el rocío”, otra la de la madera, la de la uva, la del gorrión, etc. que consiguen conjugar las observaciones mínimas con la especulación lúdica:

“El gorrión atrajo las miradas
y era un reloj de huesos rápidos
que giraba en sus plumas...

Este activo agitador tropical
terminaba elogiando la revolución,
la causa de los desposeídos
y llamando a la huelga...” (61)

Dedica sentidos poemas a sus hijos, a su madre, a su padre. De este último dice que no quiere que descansa en paz, quiere que viva y que se venga del sufrimiento y de la muerte.

“Que no descansa,
yo quiero verlo aquí
lleno de sangre
y carne,
resucitado,
diciendo su palabra.

Que con su lengua
trate mal a la muerte,
que camine en la luz,
que golpee
su puño diario”.
 (“Que no descanse” 147)

Notorio en la trayectoria de una poesía autobiográfica, es lo que puede llamarse la des-individuación del sujeto. No que no exista sino que se reduzca a la condición de conciencia sensible. El poeta más que un individuo integrado, es una función siempre en proceso de constituirse. Función que no es protagonista sino testifical de lo vivido. Existe en el tránsito hacia el objeto (“Quiero llegar a ti, de pronto,/ como flecha/ a quien no espera nadie” (“Inesperado encuentro” 77)) o en la emoción que acoge (“Mi pecho se hizo más cóncavo/ para que cupiese más amor” (“Estación última” 90)).

Por una parte el poeta es una presencia opaca que rara vez se representa a sí mismo y cuando lo hace suele haber un cierto deje de ironía. Por ejemplo, en “Literatura innecesaria” donde se reconoce en el inútil oficio de poeta frente al triunfo de la amada real (56); o en “Antípoda” en que dice preferir “hacerse el tonto” ante la tristeza (57). En “Paseo italiano” la química del sujeto es camaleónica (reluctante, asimiladora) respecto de los objetos y las vistas del otoñal país (51). En “Existencia de los seres y cosas” el poeta encama a un Goliat que agradece la piedra del impetuoso David.

“Honda de David, amoroso
exterminio que amo. Tu piedra vulnera
mi primitivo escudo, mi alegría”. (65)

En la voz del gigante, el poeta dice amar la agresión que lo libra de sí mismo. Como el bebedor que ansia la embriaguez, el Goliat secretamente desea ser derribado

“Llego y me pierdo entre las uvas
y sólo tengo tu potente ráfaga.
No hay tiempo para el ¡ay! y la protesta.
Como un pez tonto muerdo el anzuelo
y al solo abrir la boca
de un trago me he bebido la muerte”. (66)

Rendición de la figura del héroe. A contracorriente del sujeto de la historia de la modernidad (del liberalismo individualista tanto como del marxismo socialista), el poeta acepta simplemente padecer esa historia. Repliegue, relegamiento a los márgenes, difuminación. Condición de pura subjetivación que pudo anticipar los giros posmodernos.

Mi país (1972) fue un libro radicalmente distinto por sus vibrantes acentos políticos. Fue un libro de denuncia y de angustia por un país vejado infinitamente. Sin embargo, fue un libro que brotó de esa misma conciencia testifical.

“¿Qué hago aquí, Dios mío?”
(162)

El poeta denuncia la injusticia, la inmoralidad, la brutalidad que padece el país pero lo hace desde la condición de una víctima. Se compara con un niño que al abrir los ojos descubre el “cielo de color plomizo” del lugar en que ha caído. Como reza el título del poema es un “Niño grande”.

Poeta de un fervoroso amor a la patria que antes había cantado a sus héroes y a sus paisajes, aquí muestra el lado

más sombrío de ese amor. El país que ama es uno de vida mutilada: sordos, mudos, niños ciegos, país de hombres de manos amputadas. Una vena de amargura atraviesa los poemas en el reconocimiento de la retórica vacía del discurso oficial del patriotismo. Los discursos dicen lo contrario de lo que vemos. Bajo las figuras de bronce de los héroes, hombres violentos “se juegan la desgraciada túnica” del país” (“Los jugadores” 170)

En parte es el país de los espejismos del sufrimiento (inmaterial, metafísico), y en parte es el concreto país de la violencia de los poderosos (el de la política real de las cárceles y las portadas de los periódicos).

“...capturan al estudiante pobre,
golpean al tipógrafo,
intimidan al viejo sastre...”
 (“Expediente negro” 167)

Para el poeta la condena que pesa sobre su país es la de la vida negada. La vida que se espera y que nunca llega. Con la que sueñan las muchachas y las mujeres que van a la iglesia, la que se sufre con el hambre y la miseria, la de los mendigos, la de los niños que temen a los fusiles de los soldados, la de los ancianos que esperan la muerte, la de los muertos que se entregan a su tumba. Es un país fantasmagórico que no puede sino suscitar odio contra los esperpénticos sujetos del poder.

“Hoy los enanos gobiernan
y los veo detrás de los barrotes
vigilándome con sus ojos simiescos.”
 (“Historia de enanos” 181)

Poesía política en el sentido de intervención en la vida de la *polis*, de crítica de su sociedad, pero de una política que no

se adscribe a un partido o a un credo determinado, y en este sentido poética, nacida de la sensibilidad y la interrogación éticas.

En el poema “El mudo” el poeta repara en la incertidumbre en que lo sitúa este personaje, encarnación del otro sufriente de su país. Con honestidad confiesa que siente repugnancia por ese mudo mendigo que lo coge de la manga y con la misma honestidad reconoce la belleza de los ojos de ese hombre.

“El mudo me toca la manga
con su mano de partida botella
y me hago a un lado,
lo esquivo con el miedo
que me producen los candelabros feos
y los malos vecinos.

El mudo no se sorprende ni se encoleriza
ni hace comentario alguno,
ni me maldice, ni me colma de impropiedades...
simplemente me mira
con sus bellísimos ojos
de muñeco vacío.”

(157-158)

El poeta se reconoce arrojado al mundo, siendo responsable y no siéndolo al mismo tiempo de lo que ocurre. Arrojado, podría decirse, a ese tipo de aporías del día después de la caída de las ideologías que ganan actualidad y que podrían estar tras el resurgimiento de la política.

Santa Lucía, 1 de septiembre de 2014

Poeta en la memoria

Rigoberto Paredes

*Que no descanse.
Que su nombre tiemble.
Guerra a la muerte. OA*

Del poeta Acosta guardo en mi memoria sus poemas de amor y resquemor, su personal don de gente y su retumbante como agradable carcajada, tres distintivos suyos que caían en gracia entre propios y extraños, dentro y fuera de sus visibles círculos de amistad o de sigilosa admiración.

Lo conocí primero de oídas, cuando era yo un centauro de los barrancos santabarbarenses con “Canario” al mando de mis riendas, aquel brioso rocín aguacatero con pinta de pura sangre que murió de viejo y al que mis hermanos y yo dimos cristiana sepultura.

Comencé a saber de su obra tras una de esas esporádicas visitas a la estancia de don Malaquías, lumbrera de mi pueblo, quien de vez en cuando recibía desde Tegucigalpa el diario “El Día”, una curiosa sábana tipográfica que entre horóscopos, casamientos y cumpleaños daba cabida a *Letras en la arena*, legendaria sección de arte y letras dirigida por el propio Óscar Acosta. Así supe que aquel bien nacido en el capitalino barrio Las Delicias escribía versos, cosa que de entrada me dejó con la boca abierta por la extraña idea que yo mismo tenía de los poetas: endemoniados seres, disolutos y gandules (que no es lo mismo pero es igual) y

que, por eso y por menos, desde siempre se han ganado la excéntrica gloria de dejarse ver como un desdichado blanco de escarnio y desdén entre doctos y tontos. Pero él fue siempre un hombre cauto, considerado, amplio de miras políticas y poéticas, a quien jamás le escuché una opinión insana, pese a haber recibido más de algún golpe bajo o uno que otro hiriente exabrupto. Se reía de quienes lo miraban por encima del hombro, haciendo chanza de su desinteresado apoyo a las jóvenes promesas de las letras. Se reía de bufones y de pontífices que lo tildaban de desarraigado porque vivió en todas partes y, más lamentable aun, porque su obra fue más publicada afuera que aquí. Se reía a su sui *generis* modo, así, a retumbantes carcajadas ¿Qué más se le puede pedir a un personaje de pública presencia en un país donde las buenas acciones pasto son del denuesto o del olvido?

En sus últimos años tegucigalpenses solía invitarme a su residencia en la avenida Tiburcio Carias Andino. Durante gratas horas me hablaba de sus viajes y amistades, muy rara vez de algún libro suyo, de sus compañeros poetas hondureños: David Moya Posas, Pompeyo del Valle, Nelson Merren, y de más atrás, Clementina Suárez, Jaime Fontana y ante todo de su caro amigo Rafael Heliodoro Valle, entre tantos otros. Y no perdía ocasión para preguntarme por mis amigos poetas, José Adán Castelar, Tulio Galeas y José Luis Quesada, que tanto cariño les guardaba y de quienes él divulgó en diarios y revistas sus primeros versos traídos por ellos a este mundo desde un campo bananero o desde un *cuarto brujo* de La Ceiba.

Yo salía de allí con el buen sabor de boca de un vino español, un ejemplar de alguna rareza bibliográfica y con la cabeza llena de anécdotas y mayormente de nombres que aún me dan que pensar, nombres y sobrenombres de seres más

imaginarios que reales como, ya es bien ganada fama, somos todos los de aquí. Me iba con la firme promesa de volver porque mucho tenía que aprender de él. Y en eso nunca fue mezquino, nada dado a esas poses de sabidillo, típicas -como él apuntillaba- de los tontorrones. Tenía a flor de labio lo que entre palabras y silencios podía interesar a sus interlocutores. De habérselo propuesto, hubiera sido un avezado y amable maestro, pero ese “oficio de tinieblas” lo ejerció más bien desde la libre cátedra de la amistad, donde no tienen razón de ser las *lecturas obligatorias* ni los equívocos cuestionarios de lo *verdadero o falso*.

Al igual que de buen poeta, mereció el reconocimiento social como periodista y diplomático, ocupaciones que colmaron, desde temprana edad, buena parte de su vida. Y no ha faltaba el chusco que lo viera también como político, engañoso cumplido que ni en broma se lo podía creer. Sospecho, no obstante, que lo que mayor satisfacción le procuró, tal vez más que haber sido Embajador de Honduras en España, fue su desempeño como Director de la Academia Hondureña de la Lengua, correspondiente de la RAE, incierta institución a la cual él solo, muy solo, dio cierto lustre y esplendor en medio de incrédulos y francotiradores como yo; yo, que a decir verdad, no acabo de entender lo que para este amigo significó ese tratamiento de académico que más enarbolaba su levita. Tengo por cierto que nunca ocultó su admiración, fascinación mejor dicho, por España como hombre de letras, vínculo entrañable que marcó el destino de este joven hidalgo enamorado de las mozas castellananas. El y Ramón Oqueli han sido entre nosotros, pienso yo, los mejores conocedores de la poesía española de todos los siglos. Ambos -cual más, cual menos- eran capaces de ceder lo que guardaran en sus bolsillos por escuchar una copla de Manrique, una letrilla de Góngora o un romance de Lorca, y vaya usted a saber por qué.

A despecho de Froylán Turcios, hay que reconocer que esta tierra no ha sido pródiga en procuramos *vidas ejemplares*, como a mi parecer podría considerarse la de Óscar Acosta. Yo cuento esta certeza con los dedos de una mano y -a contrapelo de lo que algunos, muchos, llaman olvido o muerte- con la otra escribo en su nombre esta “alabanza de Honduras”; digo, de nuestro querido poeta, periodista y diplomático, nacido aquí un 14 de abril de 1933, y así como hoy, vivo siempre en la memoria. *Que no descanse.*

Tegucigalpa, 14 de agosto de 2014

En memoria

Hernán Antonio Bermúdez

Al fallecer Oscar Acosta el pasado mes de julio, Honduras pierde a un escritor de enorme talento que durante más de cinco décadas -y por diferentes vías- enriqueció la vida cultural del país. Con Roberto Sosa se disputa, palmo a palmo, el papel de haber sido la figura literaria más prominente de su generación. Curiosamente ambos poetas mueren a la misma edad: 81 años.

Es un hecho conocido que desde muy joven Acosta descubrió su vocación por las letras y publicó su valioso libro *Poesía menor* de manera precoz, a los veinticuatro años. Tras un período de vida en Lima, Perú, donde inició su trayectoria diplomática, regresa al país a ejercer un intenso trabajo de periodismo cultural. En esa misma época escribe también *El arca*, una colección de innovadores relatos cortos que rompen con la monotonía costumbrista y el tedioso enclaustramiento que -hasta entonces- hacían estragos en la narrativa hondureña.

Además de Jefe de Redacción (y luego Sub-Director) del desaparecido diario *El Día*, condujo *Letras en la arena*, página cultural que mantenía al lector al corriente de las novedades a nivel mundial. De ahí a fundar la memorable revista literaria *Extra* no hubo sino un paso. También en la UNAH tuvo a su cargo la revista de la universidad.

A la vez encontró tiempo para escribir una muy legible y solvente biografía de su maestro Rafael Heliodoro Valle, que

aún hoy no ha podido ser emulada. Con Roberto Sosa, primero, y con Pompeyo del Valle, después, Acosta acometió la tarea de compilar y publicar antologías de poesía y cuento, que conservan su valor como referencias del canon literario hondureño de ese entonces.

Infatigable gestor cultural, Oscar Acosta se propuso abrir su amplia red de publicaciones a autores inéditos, con generosidad y desprendimiento. Y ello no resulta extraño pues tenía algo del “cazador de talentos incipientes o desconocidos”.

De temple moderado, el poeta se caracterizó por su tolerancia hacia las ideas de los demás y fue siempre capaz de dialogar e interactuar con personas de diversas ideologías políticas. En una palabra, era alérgico al sectarismo, a la incivildad y a la incultura.

No deja de sorprender a sus lectores en 1971 con la aparición en Costa Rica (bajo el sello editorial EDUCA) de *Mi país*, poemario airado y contestatario, en contravía del lirismo y sosiego de su poesía anterior. Luego vienen sus dos destinos diplomáticos como Embajador en Madrid y en Roma, y después el retomo definitivo a Honduras.

Una vez aquí vuelve a lo suyo: establece la **Editorial Iberoamericana** (tras la primera aventura de **Nuevo Continente** junto a Irma Leticia de Oyuela, en los años 60), y, como empedernido fundador de revistas, crea nuevas publicaciones e inaugura una novedosa sección cultural en un periódico capitalino. Fue, para utilizar el ácido término local, nuestro “revistero” mayor.

Para el caso, la militancia en la Academia de la Lengua de la que llegó a ser Director, una especie de nota al pie de página en sus años postreros, desembocó en una buena revista, fruto de su empeño en animar, una vez más, el ámbito literario y la creatividad.

Se trata, pues, de una vida dedicada por entero a las letras y a los libros, lo que supo entretener con sus misiones en el Servicio Exterior y en la Cancillería. Oscar Acosta fue el prototipo del embajador letrado e ilustrado, en la línea de Rafael Heliodoro Valle: su intelecto le permitió representar a Honduras de manera brillante en el extranjero. Y, justo es decirlo, la diplomacia de ninguna manera afectó su quehacer literario.

Sin embargo, no hay duda de que él querría ser recordado sobre todo como poeta, pues allí reside su aporte principal a la literatura hondureña, al haber procreado (a la par de Roberto Sosa) un lenguaje poético depurado y riguroso, desprovisto de excesos retóricos, y reconciliado con el habla sencilla de todos los días.

En suma, Oscar Acosta prestigió al país como diplomático ejemplar, fue uno de los mayores constructores de la cultura literaria hondureña (a la que supo “apretarle las tuercas”), y será recordado por su inteligencia, erudición y destreza con la palabra escrita. El maderamen de su obra promete ser inmune a la polilla y al olvido.

Tegucigalpa, noviembre de 2014

UDI-DEGT UNAH

El escritor y el amigo

Sara Rolla

Es un gran honor, para mí, participar en este homenaje póstumo a Óscar Acosta. Es un tributo muy necesario a la personalidad y la obra de este autor esencial en las letras de Honduras.

Traeré a colación algunos juicios vertidos en dos artículos que dediqué, respectivamente, a su narrativa y a su poesía. El primero, de 2006, fue escrito con motivo de la celebración de los cincuenta años de *El arca*. El segundo, de 2011, es un análisis de su labor poética.

Nuestro primer enfoque arranca de una consulta al *Diccionario de la Lengua Española* de la R.A.E., respecto al significado de la palabra “arca”. Entre las distintas acepciones, se destaca la caracterización del arca como una “caja de madera sin forrar y con tapa llana que aseguran varios goznes o bisagras (...) y uno o más candados o cerraduras.” Esta definición, en su primera parte (hasta la palabra “llana”), puede asociarse con los rasgos del estilo de Acosta: con su carácter directo, breve y sintético, sin galas retóricas. El dato siguiente, relativo a los goznes y bisagras, puede relacionarse con el sutil andamiaje que subyace en cada relato, debajo de esa transparencia del lenguaje: las claves secretas de las historias y los resortes estructurales y expresivos (los trucos, en fin, del oficio) que aseguran la eficacia artística de los textos.

Con respecto a los significados bíblicos de la palabra “arca”, no podrían ser más oportunos para referirse también al libro

de Acosta. Sin afán de profanar dogmas sagrados, creemos que, metafóricamente, puede hablarse de esta obra como de un “arca de la Alianza”, ya que guarda las “tablas” de un nuevo modo de narrar en Honduras y encierra el “maná” de sus deliciosas historias, finamente urdidas. Y en referencia al arca de Noé, está claro que el texto salva a la cuentística nacional de ciertas remoras y se constituye en una pieza perdurable y universalmente válida.

También podemos remitirnos a la definición brindada por Cirlot en su ya clásico *Diccionario de símbolos*, donde se consigna que “el arca simboliza (...) ese poder que hace que nada se pierda y todo pueda renacer.” Esta visión nos permite descubrir, en el libro de Acosta, la posibilidad de un afán de perduración espiritual a partir de una matriz, que es la palabra fabuladora.

En relación con la obra poética de Acosta, los acercamientos críticos coinciden en otorgarle a la misma ciertos rasgos permanentes. Se trata de una poesía despojada, fluida y esencial, leve en su formulación pero honda en su contenido. Sin estridencias ni sobresaltos, sin rupturas léxicas ni estructurales. Podría caracterizarse como una poesía conversacional en registro culto, que nos ofrece una especie de baño refrescante en las viejas aguas clásicas. El título del artículo que le dedicamos es “Como una lámpara”, frase extraída de la estrofa final del poema “Responso al cuerpo presente de José Trinidad Reyes”. La conclusión de nuestro análisis señala: “Así, como una lámpara, clara y luminosa, es la poesía de Acosta. Y está destinada a alumbrar, siempre, el espíritu de sus lectores y el camino de la literatura nacional.”

Este homenaje resultaría incompleto si no nos refiriéramos, también, a la exquisita personalidad de Óscar Acosta. Es

(no me gusta decir “fue”) una de las personas más finas y generosas que he tenido la dicha de tratar. Era un conversador muy ameno, cultivador de la anécdota oportuna y el humor inteligente. Y era, además, un auténtico bibliófilo, poseedor de una riquísima biblioteca. Pero no la cerraba con siete llaves, sino que, por el contrario, la compartía ampliamente. Acostumbraba regalar a sus amigos y amigas libros muy valiosos y difíciles de conseguir, asociados con los gustos e intereses del destinatario. Así, me hice de auténticos tesoros. Huelga decir la inmensa gratitud y el cariño con que lo he de recordar siempre.

San Pedro Sula, 14 de agosto de 2014

UDI-DEGT UNAH

Los amantes

Eduardo Bähr

"Los Amantes", de Óscar Acosta, es uno de los poemas más completos de la poesía hondureña moderna y fue escrito hacia finales del decenio de los sesenta del pasado siglo, por muy contemporáneo y actual que parezca.

Tiene una estructura columnar construida en base a la sinestesia y deriva hacia el diseño circular. Lo anterior no sobresale porque el tema lo absorbe todo. Un personaje omnisciente pasa inadvertido a causa del distanciamiento que Acosta logra con o desde la tercera persona. Ese personaje se disuelve pese a que es el responsable de pintar la base sinestésica -la visual-, con la complicitad del lector, en la que se entrecruzan intuiciones olfativas, gustativas y táctiles que el narrador conduce y el hecho conlleva.

La fábula es simple y probablemente de eso derive la calidad de este poema: Una pareja hace el amor, desde ritos del acercamiento físico hasta el orgasmo, pasando por una sublime "iniquidad" (el sexo) que funde ambos cuerpos en uno; la "esencia" del amor como concepto.

Para el logro del hecho amoroso las partes temáticas formales tienen correlación lineal, puesto que el amor debería tener supuestamente esa regulación: caricias y deferencias preliminares concebidas como un rito, como magia, como inventiva; el hecho amoroso físico en sí -el coito- y la final contemplación entre la pareja, que es lo que da paso al marco cualitativo final y hermoso de todo el ritual.

La delicadeza con la que Acosta trata a sus personajes tiene que ver con la cualificación de este acto físico desde el punto de vista del respeto y de la consideración:

“Los amantes se tienden en el lecho/ y suavemente van ocultando las palabras y los besos...”

No hay allí individuos, hombre y mujer, que “se acuestan” ni animales que “se echan”; allí están los amantes que de la manera más delicada y coreográficamente aceptable “se tienden ”,

La visualización de los acompasados movimientos de la pareja entregada al amor físico da pábulo para que la licencia sinestésica admita “sonidos”, también suaves, como el de las sábanas que armoniosamente “se tienden” y el delineamiento de los perfiles corporales del hombre y de la mujer, además de la gama de “colores” que se diluye, desde el blanco y el brillo hasta la oscuridad, de paso por tonos grises que acentúan la sensualidad del cuadro; sensualidad que no se describe taxativamente puesto que éste no es un poema erótico sino un poema de amor y por tanto ésta -la sensualidad- es intrínseca y no externa.

Ellos “*van ocultando*” las palabras y los besos y en la gradación fonética está justamente acentuada la calidad sensorial ya que el acrecentamiento del placer se produce en orden inverso a la utilización verbal; es decir, su epítome no es la adjetivación sino el susurro.

Con el uso magistral de la síntesis, sobre una proposición lingüística sencilla, se entra en la parte medular de esta etapa de unión física:

“Están desnudos como niños desvalidos/ y en sus sentidos se concentra el mundo”...

Para acabar en la fusión perfecta de los dos cuerpos en uno, con apenas dos versos:

“No hay luz y sombra para sus ojos apagados/y la vida no tiene para ellos forma alguna”...

Hay insinuación de indefensión física en esa pareja, que introduce la idea de la creación del mundo particularmente delicado de los amantes ante los peligros y la complejidad del vasto mundo exterior, el cual está configurado moralmente para agredir cualquier manifestación sexual que se salga de los cánones establecidos por la sociedad y las iglesias y se convierta, gracias al albedrío y al placer sin ludibrio, en un disidente acto de libertad. Debido a esa rebelión, ese mundo exterior (des)aparecerá ahora en este poema despersonalizado totalmente por la sustitución que da paso al íntimo mundo del deleite y la sublimidad de los amantes, en un espacio tan aparentemente reducido (el lecho).

Aparentemente, porque en un orden paralelo el tiempo deja de existir con el decurso que conocemos, el día y la noche; y la confluencia *tiempo/espacio/materia/hálito* que engruesa lo que llamamos “vida” deja de tener forma.

El acto amoroso comprime no sólo al mundo, sino al suceso lineal y hace desaparecer todo rastro de animación por la razón de que, para que aquél se lleve a cabo, es necesario crear ese entorno particular, ese *tiempo/espacio* personalizado por la pareja y esa concentración en los sentidos por la que la vida y la muerte son una sola, sin que importe un grano de arena la existencia de lo demás.

En adelante sólo bastarán tres versos para llegar al clímax sexual (mas no el amoroso, como se verá) para emprender el viaje de regreso, después de experimentar y resultar

incólume de la “*petite morte*”: (Bataille da cuenta, en El Erotismo. -Tusquets, 1979-, que “*en las religiones de sacrificio los participantes se confundían uno con el otro en el curso de la consumación, y ambos se perdían en la continuidad establecida por ese acto de destrucción*”). En el poema de Acosta, la descripción del orgasmo de la mujer alude al símil, en la concentración de las caricias por todo el cuerpo, específicamente en la vulva (que se hilvana del aspecto y concordancia de la cabellera y de los vellos); su imprevisto aumento de volumen, su fragancia y color; su delicado espasmo y su conclusión fluida. Y la del hombre, en la consabida eclosión de lava nocturna surgida después de las terribles, íntimamente “dolorosas” y placenteras eyaculaciones:

“La hermosa cabellera de la mujer puede ser una rosa, / el agua tibia o un surtidor enamorado. / El fuego es solamente un golpe oscuro.”

Sin embargo no ha sido este apartado el recipiente de la idea principal del poema que, como apuntamos arriba, no es erótico, sino amoroso. La sierpe egipcia muerde su propia cola y es el recurso adecuado y perfecto para dar con ella:

“Los amantes están tendidos en el lecho”.

En efecto. Es este un poema amoroso porque las metáforas sólo han sido utilizadas para mostrar el acto sexual desde sus inicios hasta la consumación: el orgasmo. No obstante, la intención está delicadamente expuesta y distanciada con la presencia simplemente denotativa del último verso, que en su espléndida sencillez contiene el aspecto más importante de la relación amorosa, la que estaría basada en la entrega en desapego de la posesividad y que no es otro que la ternura.

(Como homenaje a Oscar Acosta, en su deceso)

El hombre y su obra

José Antonio Funes

El hombre

La primera vez que conocí en persona al poeta Óscar Acosta fue a finales de la década de los años 80, en la Editorial Universitaria. Lo primero que me sorprendió de Acosta fue su sencillez, su buen humor y su ingenio, pero también su trato respetuoso y su caballerosidad de buen diplomático. En ese entonces el poeta había decidido regresar a Honduras para quedarse después de su última misión diplomática en El Vaticano, desde donde también se desempeñaba como un gran corresponsal cultural enviando revistas y afectuosas y animadoras cartas a escritores hondureños.

Yo no tenía mucho que decirle, más allá de lo que se le expresa a un escritor que uno admira desde niño: que me había leído todos sus libros, que sus poemas de amor me habían servido en algún lance amoroso y que más de alguna vez había intentado imitarle... puros tópicos, nada más. Para entonces no podía imaginar que un encuentro casual con el poeta Acosta pudiera llegar a devenir, pasados muchos años, en una amistad definitiva; que mi presencia en su casa llegara a ser tan familiar para hablar de poetas y de libros, pero también de viajes, de mujeres y de otras maravillas. Y es que Acosta, se puede decir literalmente, logró darle la vuelta al mundo en 80 vidas. Era un hombre más allá del bien y el mal, aunque más cerca del bien. A los 19 años ya era

diplomático en el Perú y allí entró en el ambiente de los mejores intelectuales de la época, esa generación del 50 que lideraban Sebastián Salazar Bondy y Julio Ramón Ribeyro.

La amistad con Rafael Heliodoro Valle le permitiría a Acosta mantener una correspondencia fluida durante años y realizar la primera biografía de nuestro polígrafo. Nada casual, pues Acosta estaba hecho de la madera preciosa de nuestros mejores literatos: los que cultivaban la poesía, la narrativa, el ensayo, el periodismo, pero también fundan revistas, periódicos culturales, editan libros, rescatan autores y obras del olvido, promueven a los jóvenes escritores. Pienso en Rafael Heliodoro Valle, pero igualmente en Froylán Turcios y en Medardo Mejía.

En los últimos años de su vida el poeta dirigió la Academia Hondureña de la Lengua, y es justo reconocer que él, desde esa institución introdujo dos propuestas que al ser tenidas en cuenta tuvieron un impacto de trascendencia internacional: la adjudicación del Premio Príncipe de Asturias a Augusto Monterroso en el año 2000 y la edición popular de *El Quijote de la Mancha*, en conmemorativa de su Cuarto Centenario en 2005. Pero Acosta seguía sacando energía, aun del pozo del cansancio, y seguía publicando revistas: la *Revista Política*, la *Revista de la Cancillería*, la *Revista de la Academia Hondureña de la Lengua*. Y había retomado su labor de editor al fundar la Editorial Iberoamericana. Una de sus labores más importantes fue rescatar los cuentos completos de autores tan destacados como Lucila Gamero de Medina, Froylán Turcios, Medardo Mejía, Arturo Mejía Nieto, Arturo Martínez Galindo, Marcos Carias Reyes y otros.

No he conocido a un escritor tan apasionado por los libros. Su casa era para los libros y lo que sobraba para los muebles. El

poeta poseía la mejor biblioteca de libros hondureños. Él los atesoraba, los cuidaba como joyas. Pero, además de haber sido un hombre amoroso con sus libros, también era generoso porque abría su biblioteca a los deseosos de estudiar nuestra literatura. Le gustaba adentrarse en las librerías de libros antiguos de Madrid, Barcelona y Roma y muchas veces lograba unos hallazgos maravillosos de obras antiguas hondureñas. Y cuando compraba libros, en Honduras como en el extranjero, no escogía sólo uno sino hasta cinco o seis ejemplares para regalar a los amigos. Él siempre pensaba en los amigos. Tenía una mesa grande donde bien podía reunirse un Consejo de Ministros, pero él era feliz reuniendo a sus amigos para compartir un café o un vino, pero siempre una conversación interesante. El poeta era noble como un buen libro de poemas, pero también era un libro de historia literaria, un libro de humanismo siempre abierto.

Recuerdo que se quejaba mucho de la falta de páginas culturales en los periódicos de Honduras, lo que le parecía la más triste expresión de una crisis cultural en el país. Él, que había sido un gran destacado periodista cultural en los diarios EL Día y El Heraldito, donde divulgaba lo mejor de la literatura hondureña y extranjera, abriendo paso también a las creaciones de los jóvenes, ahora veía cómo la prensa escrita le daba la espalda a la literatura hondureña.

Su obra

Difícilmente puede uno encontrar a un escritor hondureño que tenga a la vez dos libros emblemáticos en género literario diferentes. Óscar Acosta ha sido un caso excepcional, pues a los 23 años era ya un reconocido poeta y narrador. Primero con la publicación de *El Arca* (1956), que rompe con el costumbrismo y realismo socialista que predominaba en el

contexto literario hondureño. El joven Acosta acaba con la inocencia casi provinciana de la narrativa hondureña de los años 50, incorporando en el conjunto de su libro el elemento fantástico con una notable influencia de Borges, en un momento en que el argentino era casi un desconocido en el ámbito literario de Honduras. Un año después aparecerá el libro *Poesía menor* (1957), donde se revela como uno de los mejores poetas de Honduras con una poesía de una sencillez que desnuda la belleza del mundo cotidiano, que canta al amor con un erotismo descriptivo, pero delicado y solemne, que rinde homenaje al cuerpo femenino y que exalta a los amantes. Pero también a este libro pertenece uno de los poemas más memorables dedicados a Honduras: “El nombre de la Patria”, que desde luego es un poema de amor, escrito con un lirismo sobrio, pero tierno, con imágenes bellas, concluyentes, y sin exaltaciones vanas. A partir de este libro, el poeta deja la narrativa y se decide por el género poético. Así irán apareciendo más libros, casi año con año, hasta culminar en una obra emblemática de la poesía contestataria hondureña: *Mi país* (1971). Poemas hechos con indignación, con rabia contra este sistema social que ahoga las libertades fundamentales de ser humano, que asfixia, que mutila, que mata, que oscurece, que humilla a los más débiles, pero que eleva a los poderosos y su círculo de soberbia y mediocridad. Poemas precisos y breves como pedradas contra los ventanales de la injusticia, pero pulidos con el cuidado de un esteta que respeta la palabra y su luz punzante. La mayoría de los poemas de *Mi país* parecen haber sido escritos hoy, para esta realidad que parece atrapada en un “tiempo detenido”. El “expediente negro” sigue allí, ahora, renovándose con “los nombres de los jóvenes con dignidad/ y de las mujeres orgullosa/ y claras.”

Óscar acosta ha cumplido como intelectual, como ciudadano que amó a Honduras, que representó a su patria con dignidad y la sirvió con toda la fuerza de su genio literario, de su integridad como ser humano y de su inteligencia. Nos deja una obra perenne, poemas como manifiestos de libertad, de afirmación del amor y de la belleza, nos deja relatos que marcaron un antes y un después en la narrativa contemporánea hondureña, nos deja libros, muchos libros que nos invitan a buscarnos, a conocernos mejor, a estimarnos más y a abandonar ese pesimismo que cargamos como bola de hierro atada a los tobillos. Y nos deja, desde luego, su ejemplo. Acercarse a su estatura humana es crecer hacia adentro para brillar hacia afuera.

París, Septiembre de 2014

UDI-DEGT UNAH

El testarudo editor

José Gonzales

Conocí al poeta Óscar Acosta, en Roma, en 1980 cuando lo visité en una fría mañana en su oficina de la Embajada Hondureña en Italia. Fue nuestro primer encuentro. Yo como bisoño y él, como todo un poeta, curtido ya de palabras y musas. Después de la plática de sobremesa y con la timidez de un hondureño bueno, me obsequió una antología de su poesía, la editada por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en 1975, misma que todavía conservo al alcance de la mano y la memoria. Quizás la labor editorial de Óscar, sólo se compare a la realizada por Froylán Turcios, durante el pasado siglo.

Quizás, y en esto hay que creer en lo que dicen las abuelas, ese otro alto espíritu, se haya reencarnado en el de Óscar Acosta, para continuar desde otras sendas y tiempos, esa labor que los emparenta y los dignifica. Esa raíz de editor que nace y se reproduce en Óscar Acosta, hay que buscarlas cuando era mozo, y quiere recuperar la imagen del Padre José Trinidad Reyes, para entregarla a la posteridad hondureña, al escribir y editar en Lima, Perú, el largo poema “Responso al cuerpo presente de José Trinidad Reyes”, y que, como él mismo dijera en una entrevista, que el abogado Gautuma Fonseca distribuyó entre las numerosas amistades de la época.

Posteriormente y a su regreso de Lima se le concedió uno de los cargos más soñados para editor en potencia, ser el primer

Director de la Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras en 1958. Nada más y nada menos; como quien pone el juguete favorito en las manos de un niño. Es desde allí que el poeta Acosta va moldeando ese oficio, que hoy, para gracia de todos los hondureños, le agradecemos.

Pero no satisfecho aún con ese cargo funda en el mero corazón de Tegucigalpa la Editorial Nuevo Continente, aparecimiento este que marca una nueva era en la labor editorial hondureña en la década de los setenta. Óscar Acosta, por razones de su trabajo diplomático- fue nombrado embajador en España en 1973 - abandona el país, pero no la testarudez, porque viviendo en Madrid edita el libro antológico “Alabanza de Honduras”, como para no olvidarse de un oficio y su patria.

En el 2010 cumplió setenta y siete años. Cambia, como es natural, su aspecto físico, se vuelve más bonachón, y vaya contradicción, mas tozudo y obstinado. En el tiempo que lleva de aletear entre nosotros de nuevo, ha fundado otra editorial - Iberoamericana -; editó “VIDA” del diario “El Heraldo”, y para rematar, se le ocurrió la idea de imprimir los “HONDULIBROS” que aparecían en el último domingo de cada mes en el mencionado diario capitalino.

Además, en ese tiempo, ganado al mundo, como diría José Adán, se echó bajo sus hombros, la responsabilidad de resucitar la revista de la Academia Hondureña de la Lengua, y cada vez que puede, nos entrega hermosas y concienzudas ediciones. Sin hablar en voz alta, de sus libros biográficos y de la codiciada “Revista Política de Honduras” de la cual, se han editado más de 50 números.

¿Dígame usted si ha conocido a alguien más testarudo en el campo editorial que Oscar Acosta? Salve pues, para este poeta con alas, este saltamontes de la palabra, en su labor de editar, y editar, para bien de nosotros.

La Paz, septiembre 2010

UDI-DEGT UNAH

UDI-DEGT UNAH

Retrato

Rafael Leiva Vivas

Oscar Acosta apenas había sufrido una transformación morfológica. El imberbe de diez y nueve años, delgado, vestido con traje de casimir traslapado llegándole a las rodillas, y fotografiado al lado del Maestro Rafael Heliodoro Valle (1952), cambió de silueta cuando se le vio junto al poeta Jorge Luis Borges (1971); incluso hasta de gruesos anteojos, semblante redondo y con temo español del Corte Inglés. Esta es su época de oro literaria, después que trajo de Lima, bajo el brazo, su primera cosecha de literato: Responso al cuerpo presente de José Trinidad Reyes (poesía); El arca (cuentos) y Poesía menor. En diciembre de 1982 sufrió operación médica en Madrid y volvió a su antigua figura del joven diplomático que se desempeñó en el Perú como Secretario de la Embajada de Honduras (1952-1956) y Encargado de Negocios (1957-1958). Curiosa metamorfosis física a su favor.

Yo conocí a Oscar en 1958 a su regreso al terruño y cuando su armonía orgánica se iba transformando. Él era jefe del Departamento Editorial y director de las revistas *Honduras Literaria* y *Revista de la Universidad* de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Después pasó a la jefatura de redacción y subdirección del periódico El Día de Tegucigalpa.

Juntos y con Humberto Rivera Morillo fundamos el Circulo Literario Universitario hondureño, un centro de promoción

de la literatura hondureña que rindió homenaje a Ramón Amaya Amador, Rafael Heliodoro Valle, Isabel Salgado de Castillo y Alejandro Valladares, y por lo cual fue castigado con detonaciones de bomba en el Paraninfo, como advirtiéndolo: “¡abajo la literatura!”.

Con el transcurrir del tiempo esa amistad se hizo solidaria. Viajamos a Santiago de Chile (1964), él como representante de *El Día* y yo de *El Pueblo*, a una conferencia mundial de planificación de familia, muy recordada porque aprendimos a tomar vino blanco y tinto.

Después nuestros destinos se cruzaron en el servicio diplomático y se hizo nuestro confidente. El me visitaba en Santiago y en Lima, y yo viajaba hasta su casa de Madrid y Roma. Ya el poeta no ingería alcohol y yo me encargaba de consumir su cuota etílica.

Mi mujer se extrañó que no hubiera conocido Roma en mi primer viaje, pues las tertulias con Oscar duraban horas infinitas.

Oscar Acosta, a la par de poeta, cuentista y periodista, tenía la enfermedad de rasgar las bibliotecas; metódico y físgón de la historia, había acumulado fotografías e informaciones, Y la vida de sus personajes como una hormiga. Su especialidad de coleccionar libros lo disciplinó a comprar tres ejemplares de cada uno, como previendo su desaparición o la difícil restitución.

No era muy partidario de los animales domésticos, pero por caprichos de su hijo Rodrigo, tuvo que encariñarse con Whisky, hermoso pastor alemán que le cuidaba su chalet de Pozuelo de Alarcón en Madrid.

Por esas vueltas de la vida diplomática de Honduras, ambos fuimos trasladados a la Cancillería en las mismas fechas (1990) y se creó para nosotros la Dirección de Asuntos Culturales; Oscar fue nombrado director y yo subdirector. Se nos asignó un escritorio de madera de caoba, con la singularidad de que por ambos lados contaba con el mismo diseño de seis gavetas finamente enchapadas. Esta posición marcó sensiblemente nuestras vidas y profundizó la amistad.

Con los años volvimos a separarnos, pero continuamos hablando, e inventamos la palabra “diplomacia cultural”, la que posteriormente entró y formó parte de la actividad diplomática contemporánea.

Ambos comenzamos a sufrir quebrantos de salud, lo que nos alejaba de nuestras actividades. Oscar se recluyó en su casa, fue operado y quedó en silla de ruedas. Con frecuencia hablábamos por teléfono, pero no existía contacto personal. Con mis dificultades físico-motoras, yo no podía visitarlo. No tenía la capacidad de subir gradas, ni él de bajarlas. Así continuamos tres años, hasta que se dio la noticia de su fallecimiento.

Un año antes de este suceso habíamos creado en Cancillería la “Fundación Editorial Embajador Oscar Acosta”, encargada de obtener fondos privados para editar la Revista de Política Exterior de Honduras y otras publicaciones, en homenaje al poeta y diplomático, al narrador, ensayista y antólogo, al amigo.

UDI-DEGT UNAH

El forjador

Roberto Flores Bermúdez

El nombre de Oscar Acosta está asociado con el concepto de Patria. Su trabajo intelectual y profesional se convirtió en parte del entramado histórico y cultural de Honduras. Su contribución se manifestó por medio de la poesía y la narrativa, así como por la investigación, el ejercicio de funciones diplomáticas en América Latina y Europa y, como editor, en invaluable aportes a la divulgación de ideas, opiniones políticas y expresiones literarias.

La difusión de aportes intelectuales propios, de otros hondureños y latinoamericanistas, ocupó una buena parte de sus esfuerzos personales. Su extendida trayectoria editorial representa hoy en día una valiosa colección de testimonios sobre facetas en la historia de la vida política y cultural de Honduras. Entre los beneficiarios de su perseverante campaña, se encuentra la Secretaría de Relaciones Exteriores. Su tendencia a dejar registro de las actuaciones de mayor trascendencia lo motivó a promover el doble propósito de honrar la memoria de quienes se habían destacado en las lides de la diplomacia nacional, con el objeto de consolidar el “espíritu de cuerpo” en la Cancillería. Contribuyó a conferir un “orgullo de pertenecer” a una institución muchas veces incomprendida, tal vez con razón en algunos casos, pero que ameritaba rescatar. Es con su aporte, y con el de otros escritores y diplomáticos como Rafael Leiva Vivas, que se crean y, en su caso, se retoman publicaciones como “La Revista de la Cancillería de Honduras”. Contribuyó a la

edición y publicación de “Los Derechos Territoriales y Marítimos de Honduras” (2001) bajo mi iniciativa como Canciller, y a “Definiciones Soberanas” (2005) bajo el liderazgo del Canciller Mario Fortín Midence, y cuya edición estuvo a cargo el Embajador Carlos López Contreras.

Oscar Acosta podía encontrar la más profunda satisfacción en su contribución al acervo de la historia nacional. Recuerdo una ocasión cuando, venido de España, me obsequió una copia de una litografía desconocida de Francisco Morazán, en la cual aparecía de civil y a caballo. Él se encontraba muy orgulloso de haberla descubierto. Según me recuerda su hijo, Sergio Acosta, “la encontró mi padre en la Cuesta de Moyano de Madrid en 1973, una calle donde se venden libros nuevos y usados, y por tanto uno de los sitios predilectos de los asiduos lectores. El dibujo fue hecho por Francisco Cisneros, uno de los pocos retratistas que conoció en vida a nuestro Paladín. Para el bicentenario del nacimiento de nuestro Procer se imprimieron varios ejemplares de este dibujo, el Banco Atlántida hizo un calendario e incluso el correo nacional hizo un sello postal con esa imagen.” Se trató de una contribución mayor cuando se considera que en Centroamérica existe una curiosa carestía de imágenes de Francisco Morazán, a pesar de sus ocho años como Presidente de la República Federal de Centroamérica (1830-1838).

La trayectoria del distinguido escritor fue la de forjador, abriendo nuevos caminos para las ideas y la labor creativa en un país de escasos espacios culturales. La suya también fue una trayectoria de formador, influyendo particularmente en la evolución del estilo literario en los jóvenes de su tiempo, avanzando más allá del costumbrismo. Al haber tenido la oportunidad de apreciar personalmente su calidad como

persona y luego, al haber contado con su apoyo en el desempeño de mis funciones como Ministro de Relaciones Exteriores, no puedo menos que agradecer a Oscar Acosta el significativo aporte que ha hecho al país que siempre quiso, apreciar su participación en la construcción de una visión renovada de nuestro Servicio Exterior, y reconocer su trayectoria intelectual y profesional como un gran ejemplo a seguir.

Bruselas, 29 de agosto de 2014

UDI-DEGT UNAH

Más allá de los años

Giovanni Rodríguez

Conocí a Oscar Acosta hace unos 15 años, durante un encuentro de poetas jóvenes celebrado en San Pedro Sula, en el Museo de Antropología e Historia. Entonces yo tenía 19 y cargaba adonde quiera que iba una carpeta llena de poemas. Si a alguien, entonces, había que mostrárselos, debía ser al poeta Oscar Acosta.

Yo había leído algunos poemas suyos pero lo que más atención despertaba en mi efervescencia de lector juvenil y aventurero eran sus cuentos de *El arca*, que conservaba de un suplemento literario publicado, cuando yo apenas era un cipote bien portado, por un azar misterioso, entre las páginas de algún diario nacional.

“El cacique Huantepeque asesinó a su hermano en la selva, lo quemó y guardó sus cenizas calientes en una vasija”. Recordaba bien esas primeras palabras del cuento “El vengador”, y la suerte de ese cacique fratricida, concebida por Acosta a mitad de la década de los 50, y el estilo contenido y certero de su escritura me parecieron dignos de mantenerse en la memoria de cualquier lector hondureño o extranjero durante muchos años más.

Era curioso que yo, siendo poeta (así lo habían dictaminado, no sé cómo, los organizadores de aquel encuentro), me viera más atraído por unos cuentos de Acosta que por sus poemas, pero en mi descargo, pensé que también era curioso que él,

siendo eminentemente poeta, hubiese publicado en algún momento un libro de ficciones.

La primera jomada de aquel encuentro de poetas jóvenes lo vi de pie, en la entrada del auditorio del Museo, conversando con Sara Rolla. Era, por supuesto, desaconsejable interrumpir esa conversación sólo para mostrarle a aquel señor alto y elegante, conocedor del mundo, de quien había leído que el príncipe Ricardo, hermano del rey Harold, murió “victimado por su propia espada”, tal como lo había vaticinado una bruja, los primeros poemas que yo, ignorante de todo, había escrito, así que, en un instante de prudencia y sensatez, dejé pasar la oportunidad.

Más tarde en ese mismo día el poeta Acosta, Sara Rolla, dos o tres eminencias más y unos cuantos curiosos y soñadores poetas jóvenes, todos amigos, juntamos unas cuantas mesas en el área de la cafetería del Museo y ahí asistí al momento de compartir, en un ambiente más relajado y de camaradería, con una de las mayores glorias literarias del país. Mientras apretaba sobre mis piernas, bajo la mesa, la carpeta con mis poemas, lo escuché referir anécdotas con escritores extranjeros, uno de ellos Jorge Luis Borges, a quien le preguntó, durante la Feria Internacional del Libro de Jerusalén en 1971, si conocía no sé si a Jaime Fontana, que había vivido en Buenos Aires, a lo que el argentino respondió con un rotundo “no” que en boca de Acosta sonó más bien a un “nou”.

Pasaron los años y yo publiqué mi primer libro de poemas, seguí puliendo mis versitos y con otro libro gané un premio en Guatemala, casualmente el mismo que Oscar Acosta había obtenido en 1961. Esa coincidencia hizo que Armando García, durante la presentación de una nueva edición de *El*

arca realizada en el Centro Cultural Sampedrano en agosto de 2006 mencionara ante los asistentes la circunstancia de encontrarnos ahí, esa noche, Acosta y yo, “dos legionarios que golearon en Guatemala”. “Para mi compañero de Quetzaltenango”, escribió el poeta en mi ejemplar de esa nueva edición de *El arca* antes de su firma, y para mí esa firma vale lo mismo que las de Enrique Vila-Matas, Javier Marías, José Saramago, Paul Auster, Horacio Castellanos Moya y Ricardo Piglia, que también presumo de tener.

Al poeta Acosta no volví a verlo después de esa noche de 2006; tan sólo escuchaba a algunos amigos que lo visitaban en Tegucigalpa hablar de su calidad humana, de su generosidad. De su casa nadie salía sin un bulto de libros, regalo del poeta, se dice. Y se dice también que esa casa es inmensa, de tres o cuatro pisos, todos forrados de libros, y que tiene una edición del Quijote en cada uno de los cuartos de baño. Aún en vida, el poeta ya había alcanzado casi una dimensión mítica, lo que me hace pensar en el hecho de que no tuvo que fallecer para que habláramos bien de él; ese derecho se lo ganó en vida.

Yo hubiese querido visitarlo alguna vez, conocerlo más, entrevistarle quizá, preguntarle por el secreto de la eterna dignidad, a él, que fue un hombre de un respeto conservado durante más de nueve veces diez años, como habría dicho Borges; hubiese querido preguntarle cómo se llega a vivir tanto sin perder la calma, las formas, el buen humor, sin rebajar nunca su pluma, sin traicionarse nunca con ella; hubiese querido preguntarle cómo logró escribir unos cuentos que lo habían conservado joven en un panorama literario hondureño que casi siempre huele a viejo y está lleno de anacronismos, y ahí, entre una respuesta y otra, cuando menos se lo esperara, hubiese querido extraer de mi carpeta

vieja algún poema mío para que, luego de leerlo, me dijera “nou, no había leído a este poeta anónimo hondureño”.

El asunto es que así estamos ahora, recordándolo de la manera en que a cada uno nos ha permitido la vida. Yo, entre esos escasos recuerdos, me quedo con esa tarde en la cafetería del Museo, escuchándolo, entre “chascarrillos y versos”, hablar de Borges, de Heliodoro Valle, de Vargas Llosa y de muchos otros escritores con los que conversó en algún momento, datos que cualquier futuro biógrafo del poeta querrá conocer.

Como escritor, Óscar Acosta logró algo de lo enunciado en su cuento “El regresivo”: “demostrar que la vida no sólo puede realizarse en forma progresiva”; su obra está aquí, entre nosotros, y buena parte de esa obra tiene más de 50 años de publicada, el tiempo que, según se dice, es la barrera entre lo efímero y lo perdurable en la literatura. Sus cuentos de *El arca* nos seguirán mostrando a un escritor joven, vigente y perdurable en la literatura hondureña, y el que se le considere de esa manera, sin discusión, es otra cosa admirable en un país como el nuestro, en el que el rencor y la envidia lo corroen todo.

“Descanse en paz/ les dicen a los muertos/ para que se refugien/ en su lápida”, pero también nosotros, como el poeta Acosta, podemos pedirle a él “que no descance”, “que su nombre tiemble” para siempre.

El viento que viene de su nombre

Rolando Kattan

Fueron muchas, muchísimas, veces cuando a mis amigos mayores y más instruidos, les consulté sobre algún dato, de nuestra malhecha y trunca historia literaria, que obtuve como respuesta: “*Pregúntale al Poeta Acosta, que él debe saber*”, porque en efecto, él lo sabía.

Oscar Acosta era en carne y hueso una institución. Dotado de un gran talento como escritor y de ese trato, de nobleza y generosidad, que define a los caballeros, además de escritor ejerció también como diplomático, fue periodista, editor, antólogo, gestor cultural, crítico y bibliógrafo. Una institución que ahora falta, pero, que a partir del estudio de su legado nos es posible encontrar, al menos, una ruta que nos conduzca a reconstruir, sobre sus ideas y principios, lo perdido con su muerte.

Hace veinte años cuando lo conocí, el poeta ya sufría de una miopía muy aguda, por eso lo recuerdo leyendo los libros a un par de centímetros de su cara, como si al leerlos también los besara. Había en él una relación amorosa *libro-hombre* y de ella quizás el secreto de su prodigiosa memoria, todo cuanto había leído parecía recordarlo, como lo vivido en un buen amor.

Un amor que era extensivo a los creadores, su casa era un espacio abierto para el encuentro, en su mesa, de una sola pieza de caoba para catorce comensales, celebraba, con un brindis, los nuevos libros que aparecían, aún conservo aquella

carta, escrita a máquina y firmada a mano, que me enviara, como una invitación para celebrar la publicación de la antología de poesía emergente de Honduras, “La Hora Siguiente”. A esa cena acudimos algunos de los incluidos en el libro, pero también, Rigoberto Paredes o José Adán Castelar, para que todos ahí reunidos, fortaleciéramos su discurso: “Promocionar siempre un encuentro intergeneracional, para bien, de nuestra tradición literaria”.

Su biblioteca, constituye el fondo personal más rico en literatura en territorio hondureño, ahí hay tantos volúmenes como anécdotas de un bibliófilo, de aquel que escudriñaba las librerías de ocasión con la paciencia, aprendida quizás, de los buscadores de oro del río Guayape, y los que no, los compró de dos en dos, para compartirlos o para asegurar la permanencia de al menos un ejemplar entre sus estantes, y ahí están entonces, las primeras ediciones de Borges, de Cortázar, de Neruda, vecinas de otras más recientes, pero no menos valiosas, como de Caballero Bonald o Mario Vargas Llosa, dedicadas y firmadas para el poeta.

Como director de la Academia Hondureña de la Lengua, resucitó aquella revista que se editaba en los tiempos de Jorge Fidel Durón y propuso (¡Qué logro!) ante los representantes de la academia de la lengua de Iberoamérica, la edición conmemorativa, crítica y a su vez popular, del Quijote, idea que continuaría, a modo de colección, con obras de Gabriel García Márquez, Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Mario Vargas Llosa.

En su residencia en Europa, Alfonso de Borbón, Duque de Cádiz, que fungía como Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, definió a don Oscar Acosta, entonces embajador de Honduras ante el Reino de España, como un “excelso

cantor de esa hermosa *naturaleza*” a razón de la publicación de “Alabanza de Honduras” (Anaya, 1975) una antología concebida con la idea de dar a conocer nuestra tierra, devastada en ese tiempo por el huracán “Fifi”, a modo de agradecimiento por la ayuda material que se recibía de España.

Con esa misma fórmula publica después “Elogio a Tegucigalpa” (1978) una selección de los escritos que iluminan desde diversos vértices el imaginario de una ciudad aparentemente inédita.

Y, como otra alabanza, la publicación junto al poeta Roberto Sosa de las antologías de la nueva poesía y de cuento hondureño, dejan en claro el interés constante del poeta Acosta, por predicar, si en el baldío, en el baldío. Otros ejemplos son la fundación de la “Editorial Nuevo Continente”, en donde se editaron colecciones como “El Pensador y su mundo” para reseñar la vida y la obra de ilustres hondureños como Rafael Heliodoro Valle o Paulino Valladares, o los recordados “Hondulibros” editados como suplemento por diario “EL Heraldó” y que constituyen el primer esfuerzo por masificar el pensamiento y la literatura en nuestra geografía.

Sus libros “Poesía Menor” y “El Arca” editados ambos en Perú, son según común acuerdo de los críticos dos piezas fundamentales de nuestra literatura, dos puertas estéticas que mostraron nuevos rumbos a nuestras letras.

La paradoja taxativa en aquella sentencia de Alberto Uclés: “Honduras progresa a pesar de sus gobiernos” se resuelve con nombres propios: Rómulo Ernesto Durón, Froylán Turcios, Rafael Heliodoro Valle, Medardo Mejía, Ramón Oquelí y Oscar Acosta, hombres que, más allá de su creación

literaria, descifraron su espacio y su tiempo, para construir, piedra a piedra, los cimientos de sus castillos etéreos, y a la postre, la salvaguarda de nuestra tradición e imaginario.

UDI-DEGT UNAH

Mi arca personal, mi viaje.

Gustavo Campos

Y Si Jung ha visto en el arca un símbolo del cofre del tesoro, tesoro de conocimiento y de vida, ¿porqué nosotros no podemos coincidir con él y descubrir que a su vez es principio de conservación y renacimiento de los seres? ¿Y si les dijera que tengo un arca donde guardo absolutamente todos los libros del poeta Óscar Acosta y cada recuerdo entrañable compartido con él? Es más, hace algunos años nombré un blog de difusión de narrativa hondureña en homenaje a su libro de relatos. *Todo* podía contenerlo una minúscula caja o recipiente, todo en él podría concentrarse, como un pequeño museo de medidas siempre expandibles.

En abstracto, fue naciendo en mí un arca, misteriosa, fantástica, contenida de huellas *mnésicas*, una que me remitía a Scott Fitzgerald -algunos aún piensan que su deuda es con Carpentier- y también a Jorge Luis Borges y otra que se entretrejía con Juan José Arreóla, Marco Denevi y Augusto Monterroso, pero dentro de todo ese universo perfecto y encerrado hallábase, asimismo, el propósito bien definido y en oposición a lo que dijera Juan Carlos Onetti allá por 1939,6 años después del nacimiento de nuestro escritor Acosta, “¿*Qué se puede hacer en este país? Nada, ni dejarse engañar. Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos*”. Extrapolemos esta frase a nuestra propia sociedad hondureña: “detrás de nosotros no hay nada. Un catracho, dos mayas-chortí, treinta y tres lencas, tolupanes y garífunas” y con esta frase, en el sentido que la manejaré, como generador de ideas, encierra lo que hemos

considerado como nuestra “hondureñidad”. Ahora bien, el tan manido, confuso y errado concepto de “identidad”, al que la mayoría de nuestros escritores han dedicado masivas y comprometidas páginas que los justifiquen como “la voz del pueblo”, en Acosta halló la fórmula propicia donde se amalgama en su lenguaje sencillo, preciso y lacónico, no tanto satisfacer la exigencia del destinatario posible, sino que, gracias a su juventud, contaba con 23 años para cuando publicó el libro, y al distanciamiento de su terruño, que le había prodigado su labor como diplomático, inauguró algunas de sus preocupaciones e inquietudes, que en ese momento de los años 50s, fueron oponer distintos discursos narrativos y halló la vértebra del discurso que se une a la literatura universal, lejos del discurso local, pero también mutándose dentro de él, con un camuflaje heredado de sus lecturas y de su vocación a las letras, no ese discurso local, la típica queja del latinoamericano como queja universal del despojo, de la desterritorialización, del oprimido, del avasallado, ese tema de la colonización política, ideológica y cultural, que han manejado Frantz Fanón y Edward Said, sino un discurso del ludismo, del juego, de imbricaciones de “culturas que sin desvalorizar totalmente su pasado tampoco se vuelve tan inquietante como aquella que quiere anclarse en lo arcaico”. De ese modo, es el primer libro en Honduras en cambiar el estereotipo de nuestra “tradicción”, borrando fronteras y contextos, tradiciones, mitos, y quien quizás ya había hecho una labor semejante había sido Arturo Martínez Galindo.

Por otra parte, el Oscar Acosta que también recuerdo no es solamente el narrador o poeta, quien navegó en su arca cual Noé conteniendo en sus libros “los elementos necesarios para la restauración cíclica” de nuestra literatura nacional (véase Diccionario de Símbolos de Chavalier) como uno de

los libros claves. Lo recuerdo contando la anécdota sobre la entrevista fugaz que le hizo a Jorge Luis Borges y luego leyendo el cómico poema que hiciera en respuesta a la parquedad de éste en una Jerusalén de los años 70s, donde su última estrofa es contundente: “Quiero decir, en su descargo, / que Borges estaba completamente ciego/ cuando conversó conmigo.” Pero esta anécdota me conduciría a otra biográfica, y en el libro *Diarios* de Bioy Casares encontramos una mofa que comparten ambos en una alusión a Jaime Fontana, lo cual, entonces, desmiente su desconocimiento de los autores hondureños que escribían en periódicos bonaerenses. Pero Borges era Borges y Acosta era Acosta: el caballero, el hombre noble, de encomiables principios, “el verdadero caballero”, como oí decir de él siempre. Jamás escuché a nadie hablar mal de él. Único y auténtico difusor y gestor de las letras nacionales. Para los 50 años de publicación de su libro *Poesía menor*, junto a un grupo de amigos le hicimos un homenaje. Luego del evento, cenamos en el Hotel Sula. Recuerdo que las amigas escritoras reían como niñas adolescentes, con ingenio y picardía. El Poeta compartía con nosotros y en algún momento inesperado me llamó “mozuelo” o “mozalbeta”. Recuerdo haberme apenado, tímido, y reído a la vez. De inmediato contó la anécdota de cuando conoció a Rafael Heliodoro Valle y él era un muchachito imberbe y de cómo Heliodoro Valle comenzó a decirle “Mozalbeta”. Con el tiempo, ese recuerdo persiste en mí, como si yo fuera parte de un cuento suyo, aún escribiéndose en E" arca, en algún escondrijo, y de cierta manera fantástica, le escribí una vez pidiéndole un favor: una carta suya de recomendación para gestionar una beca en España, eran sus últimos años de vida, y su estado físico iba cediendo, pero él no recordaba a un Gustavo Campos, volví a escribirle, diciéndole que era “el mozalbeta”, y me recordó y muy amablemente me envió la carta solicitada, y ahora

que han pasado algunos años, lo recuerdo a él, con esa memoria pura capaz de atesorar tanta información, y a su vez, sin perder lucidez y su característico humor, quizás habiéndosele dibujado una sonrisa cuando oyó de nuevo sobre el “mozalbete”, y me veo, ahora, como el altivo ciervo, de su cuento “El cazador”, “al lado de un antiguo roble” que hoy por hoy es su literatura, un arca al fin y al cabo que contiene la esencia de la tradición, de la cual tanto yo como otros somos parte de ella.

San Pedro Sula, septiembre 2014

Voz nueva de Honduras

Rafael Heliodoro Valle

Una voz nueva, clara, distinta. Y, a la vez, un ejemplo de sobriedad para los que irrespetan la palabra, el vínculo más puro del hombre con el cosmos.

Amanece el alma de Oscar Acosta. Alma de poeta en su mundo amargado y dulce. La extrovierte en este soneto construido con precoz experiencia. Este soneto se halla transido de nostalgia, de intimidad que grita en ambiente de claroscuro, de discreción, de intimidad. Un poeta pundonoroso, que ha encontrado ya su camino y por él va hacia ese mundo del sueño, en que nuestra alma rescata su pureza.

El soneto es uno de los ejercicios más arduos. Invita a las excursiones peligrosas, hacia el verso libre en que el poeta se deja llevar por las corrientes submarinas, pero de súbito encuentra monstruos sombríos, fuerzas inicuas. Y por eso es atracción y peligro, para quienes tienen conciencia literaria. Los que carecen de ella, confunden la voz del mar con el eco en las caracolas. Por fortuna, ese poeta en gracia de adolescencia concurre a diario a la escuela en que son buenos amigos la madrépora y el hipocampo, y el segundo le ha dado una lección nobilísima: el agua impura del río se toma transparente en el estuario para aplacar la sed de los ángeles náufragos en la sal.

SONETO

*Frío era mi dolor, profundo y frío
cuando tu amor vino hacía mí cuando
llorando estaba lágrimas. Llorando
río de amor y de esperanzas, río.*

*Navio fue tu amor, alto navio.
Pena fueron tus labios, tierna pena.
Serena fue tu voz, tu paz serena.
Mío fue jardín, tu cielo mío.*

*Hermana de mis huesos, dulce hermana.
Mañana de mis carnes sin mañana,
verte quiero en la vida, sólo verte.*

*Poseo esta mi sombra y te poseo.
Deseo que me sientas y deseo
tenerte junto a mí para tenerte.*

*Diario de la Marina, La Habana, Cuba,
26 de junio 1952.*

Poesía menor de Oscar Acosta

Arturo Mejía Nieto

En Honduras, como en toda Hispanoamérica, lo mismo en política que en economía, que en el arte, no hay ideas sólidas, ideas claras. Lo universal de nuestro universo es una perenne confusión de espíritu. La salida se está buscando siempre imitando a Estados Unidos de América o a Europa y sin embargo -ya lo dijimos- la salida está en nosotros mismos, en nuestro pasado, pues de allí arranca nuestro porvenir. Debemos reconocer-como decía Valle Inclán- que cuanto más lejana es la ascendencia hay más espacio ganado al porvenir. Nadie puede ser igual a sí mismo sino echa mano del que lleva adentro. La planta, dijimos, se nutre hundiendo en su propio terreno (y no en el ajeno) sus raíces cada vez más adentro, así el espíritu en su propia tradición. En cambio, el mono que vive de la imitación, hace triste papel de payaso.

En Honduras se ha cultivado siempre o al menos se ha intentado cultivar la poesía pura, con un lirismo subjetivista que no es sino poesía conceptual o ideológica. Lejos de nosotros formular con ello evasión, es decir que el poeta canta, pero no cuenta, menos existe la que ha sido siempre poesía subjetivista, divorciada de anécdota, de un reproche sin señalar una orientación. Lo que insinuamos es que toda tendencia metafísica o del pensamiento. Casi podría decirse que ha existido un culto de palabras por su hechizo melódico. Sus virtudes suelen ser gracia y ternura.

Poesía en la cual predomina el yo, la subjetividad emotiva y pasional, el factor vegetativo.

Pero en los tiempos que corren está de moda la poesía en que predomina el logos (como en Borges) o la sabiduría (como en Vallejo) o la audacia imaginativa y amor por las cosas como en el ecuatoriano Carrera Andrade o en la temática de las cosas sencillas como en Neruda. Naturalmente que la poesía no es moda, sino expresión, pero el poeta siempre es hijo de su ser y este ser amasa su substancia con la sensibilidad de su tiempo.

De lo dicho otra vez a la poesía. Oscar Acosta es un poeta que esgrime la inteligencia, como Borges, que vigila su corazón y cuida la compostura. Estoy leyendo a saltos su libro porque la vida moderna ha acelerado el ritmo y todos somos ricos en dinero, pero hay penuria del tiempo. Ay, ricos en dinero: son la gente más triste de nuestro tiempo, pues cuidar las monedas da más sobresaltos que atender una manada de ovejas cuando el pastor ve aparecer el lobo.

Bien, la poesía debe ser un derroche; empujado por una fuerza interior, es decir, por una necesidad apremiante de brotar como el chorro de agua que abre cauce con agua límpida y clara.

Debo decir a estos queridos poetas compatriotas, brillantes como son, que yo tengo debilidad por la poesía de reminiscencias; la poesía que sugiere y no que dice, la poesía sobria y si es posible intensa.

No, yo no prefiero poemas largos. Mi poeta se llama entre los modernos, Antonio Machado; uno que habla consigo mismo; yo también soy amigo del monólogo y no del diálogo.

Pero reconozco la calidad expresiva de Oscar Acosta; su concepción al nivel de su ejecución. Es una poesía trabajada y de fina forma. Acosta anda con los tiempos; su sobriedad,

su sugerencia y sus hallazgos expresivos son propios del arte poético de nuestros días. Creo que en el arte lo esencial es hacer conciencia de nuestra intrínseca naturaleza: saber cuál es la nota personal de nuestro registro. Nada podemos hacer sin antes saber cuál es el tono de nuestra voz. Está muy bien Vallejo, muy bien Neruda, muy bien Darío, pero en vez de vivir para admirar es preferible vivir para ser. Nosotros no somos ni Neruda, ni Vallejo, ni Darío. ¿Qué somos nosotros, poetas? Allí está la expresión. Esa es toda la misión del poeta. Oscar Acosta tiene una natural sobriedad que es sello no sólo de su estro innato sino de su lengua. Hay en él pulcritud e intelecto.

Mucha de nuestra poesía se ha desnaturalizado por tendencias de circunstancias o por caracterizaciones de ambiente que empequeñecen y descastan la genuina obra de arte.

Debemos tener apego a nuestra tierra y buscar si está en el aire, en el tibio sol que yo llevo ardiente, en mi sangre, en el aroma de los pinos, en la tonada de la india. Pero por favor; ¡por favor! no hacen mero colorido sino que debajo de eso está la esencia hondureña. Esa posible unidad de hombre y paisaje. Luego, ¿Cuál es lo esencial del hombre hondureño? Aquí me tienen Uds. a mí: después de casi más de tres decenas de vivir ausente, no concibo ser ni argentino, paraguayo, o yanqui, porque hay algo de mi tierra que puede no ser virtud, sino defecto, pero que es esencia telúrica. Pero por favor, nada de mero color local sino esencias quitaesencias, comprimidos de alma. ¿Estamos?

Buenos Aires, febrero de 1964.

Boletín de la Academia Hondureña de la Lengua,

Año IX, No. 10

Tegucigalpa, D.C., julio de 1964.

UDI-DEGT-UNAH

“Poesía” de Oscar Acosta

Pablo Antonio Cuadra

Oscar Acosta nació en Tegucigalpa en 1933. En 1960 lo conocimos en Nicaragua, cuando vino a recibir el Premio Rubén Darío. Fue un acierto este premio porque por vez primera se laureaba a un autor no nicaragüense, y ese autor -como ya lo ha demostrado definitivamente- es el mejor poeta que ha producido Honduras.

Acosta nos ha remitido su primera antología, una selección de su obra de 1952 a 1965, titulada *Poesía*. Nutrido por numerosas influencias -que le dan espesor y seguridad a su obra- ha sabido asimilarlas sin que se note en su labor desasosiego o excesiva ansia de originalidad. Sabe llevar las aguas a su molino, y esta sabiduría, tan escasa hoy, revela desde sus primeros libros a un verdadero poeta que siempre vence e impone lo suyo sobre lo heredado y adquirido.

Quizás sean tres sus formas principales de capturar la poesía. Por el descubrimiento de las relaciones secretas de las cosas entre sí una especie de atmósfera metafórica que constantemente hace saltar una chispa eléctrica imprevista entre la realidad común, cotidiana y su otra faz escondida, de la misma realidad vista desde el lado del misterio. Y haciendo perder su objetividad al objeto, entrándose a él para llenarlo de subjetividad o bien metiendo -como un hilo en el ojo de la aguja- inesperados contenidos y relaciones para que habiten el objeto y, lo llenen de un contenido mágico. En sus poemas de amor, por ejemplo en “El oceánico bar”,

es la mujer amada la que impregna todo el bar, la que habita cada objeto esparciéndose, dándole su blancura a los manteles, su voz atados los susurros y sonidos, sus venas al licor que baja al «pez redondo de mi corazón y lo enmudece».

En cuanto a las similitudes o relaciones secretas, sus libros *Tiempo detenido* y *Poemas para una muchacha* se edifican con ellas. En el segundo es importante el logro de plenitud sexual, de vigor fecundo que el poeta consigue relacionando poéticamente las fuerzas de acometividad germinal y embistiendo en ellas, como un ejército, contra la doncella deseada.

*Ola de carne y hueso este caballo
tuyo, esta bestia sombría
que busca azúcar en tus manos.*

Hay una tercera forma, más sutil, de Acosta para atrapar la difícil y volátil sustancia. La llamaría humildad. Pero entiéndase que es una humildad poética, una cierta y hábil inocencia en la utilización del lenguaje o en saber desnudarlo, una sabia recreación de lo cotidiano y de lo común, descubriendo su milagro: un acercarse sin pretensiones - directa y sencillamente- al tema, al lugar, a las cosas en todos sus libros, pero más en Poesía menor, se advierte este paso callado, humilde del poeta y su gesto final rápido, seguro, atrapando la mariposa.

*Eres pequeña y blanca
como una casa nueva*

Le dice a su amada. Aunque quizás el ejemplo más significativo es su poema “La presencia de las cosas”:

*Tienen algo de ti los vestidos que llevas, los botones/
que protegen tu pecho de las miradas ávidas del
mundo,/o los zapatos que te conducen sobre la nieve y
el sueño.*

Y termina:

*En los sucesos triviales, en los objetos humildísimos, lo
he repetido tantas veces, aquí o en otra parte,/ me
acerco a tí, a tu pequeño corazón, a las cosas que
guardas/ y no podría, aunque algún día lo intentara,
escapar/ de esta atracción que gira y que me invade.*

Toda la poesía de Acosta -casi sin excepción- es poesía amorosa. Los grandes problemas del hombre -destino, nostalgia, muerte-, la vida toda que le hace señas y signos, sus formas todas de expresión, desembocan en el amor. *Formas del amor* se llama uno de sus libros. *Escritura amorosa* otro de ellos. Poeta es sinónimo de amante. “Para ser poeta hay que estar enamorado y fingirse tal”, decía el preclásico. Y el líquido oceánico -donde se mueve la poesía de Acosta, haciéndolo alucinante (o como decía un crítico venezolano: “nos alumbró el corazón como un alcohol sublime”)- es amor. En ese alcohol se conserva y allí se expresa la poesía que más altura y seguridad ha alcanzado en la literatura hondureña.

Diario *El Mundo* Panamá, 11 de diciembre de 1966.

UDI-DEGT-UNAH

Palabras tiernas y verdaderas

Ramón Oqueli

Durante el siglo pasado la poesía en Honduras existió en forma de maltrato a la misma. Predominó la versificación ramplona, aduladora o denostadora de las figuras políticas de tumo, el meloso cantar a la patria o la trillada endecha amorosa. En 1875 nace en la Villa de Concepción, población unida a Tegucigalpa (Pero con aire distinto), Juan Ramón Molina. Después, la Villa sería conocida exclusivamente como Comayagüela, Tegucigalpa, como “la capital” y Molina, despreciado generalmente en vida, se convirtió en héroe artístico.

Por la persistencia de un grupo de fieles admiradores, está próxima la inauguración de un bello monumento a su memoria, obra de Mario Zamora Alcántara de origen danlideo. Dicho homenaje es más merecido, porque Juan Ramón ha sido después de la Virgen de Suyapa y Morazán, piedra angular de la veneración de sus paisanos, uno de los escasos soportes de su identidad. Pero posiblemente en el futuro, Molina será recordado más como riguroso prosista, como periodista de exquisita gracia y fuerte garra. Su poesía, con escasas excepciones, “Vino tinto” por ejemplo, adolece de excesiva grandilocuencia.

En la segunda década de siglo actual (Molina murió en 1908), surge la poesía con sensibilidad moderna. Inspirándose en Comayagua o en Antigua Guatemala, Ramón Ortega escribe “El amor errante”, que representa el “despunte” de la poesía actual. Contribuyen a ella, Alfonso Guillén Zelaya,

Clementina Suárez, Martín Paz, Rafael Paz Paredes, Constantino Suasnívar, Medardo Mejía, Oscar Castañeda Batres, quienes pudieron haber dejado una excelente y extensa obra poética, pero sus vidas se derramaron en otros menesteres: la docencia, la divulgación artística, la bohemia, el periodismo, la política, las leyes. Es hasta 1951 que produce otro gran hito: la publicación de *Color Naval* de Jaime Fontana, el primer gran poemario con cierta unidad temática y de estilo. Coincide su aparición con la modernización del país, descrita con gran perspicacia en el propio inicio por Arturo Mejía Nieto con *Cartas asuncenas*.

Según don Elíseo Pérez Cadalso, Rafael Heliodoro Valle fue quien dio el espaldarazo decisivo para que Fontana, quien tardó en mostrar la joya que tímida y secretamente preparaba fuera reconocida como vate de altos quilates (lamentablemente fue el autor de un solo libro). A su vez, el poeta marcalino dio a conocer a Jorge Federico Traviesso (nacido en Atlántida) y éste alentó los primeros pasos de Oscar Acosta. Por lo visto, aquí donde tanto se improvisa en la rama poética por lo menos, se perfila cierto hilo de continuidad. Ángela Valle, Pompeyo del Valle, Antonio José Rivas, Nelson Merren, José Adán Castelar, aportarán piezas fundamentales para el afianzamiento de un quehacer poético serio, muy respetable. En 1968 y 1971, el yoreño Roberto Sosa logra en ambos lados del Atlántico el reconocimiento para lo que Ramón Ortega había iniciado.

Ortega, que murió enajenado, un año antes que el pintor Pablo Zelaya Sierra y a quien se recuerda principalmente por ese grave atentado contra el buen gusto llamado “Verdades amargas”, que seguramente él no escribió, logró en catorce versos una penetrante evocación de su mundo íntimo y del exterior. Urbanismo, arquitectura, lo blanco y

la oscuridad, el paseo nocturno, las flores, el arte textil y los cristales, el movimiento, el silencio, la muerte, la soledad, la conversación, el murmullo, la nostalgia colonial, el rendimiento caballeroso, la ofrenda amorosa, religión, tristeza, hosquedad, angustia y lo apenas entrevisto. Un prodigio de poema que merece ser recreado desde la pintura, la música, o el cine si fuera posible.

Después de esta espléndida iniciación y de la fundación posterior de nuestra mejor poesía, han aparecido nuevos valores que reafirman e invocan la incipiente tradición. Aunque tampoco se detiene la espantosa avalancha de la versificación a troche y moche, que ya mereció la saludable y demoledora crítica de Daniel Laínez en su imponderable *Manicomio*. Ya se va volviendo indispensable delimitar quienes “son”, quienes “podrán llegar” y los que es difícil que lo logren, por carecer de uno de los tres requisitos indispensables para que surja el milagro de un poema: talento poético, técnica y voz personal. Para “poner coto al disparate antes que se propase demasiado”, como decía Charles Snow, se hace necesario aplicar el viejo adagio: “zapatero a tus zapatos”, que puede ampliarse: “cirujano a tu bisturí, abogado a tus pleitos”. A no ser, como también ocurre excepcionalmente, que alguien inscrito en un colegio profesional, sea admitido a la vez dentro de las grandes ligas poéticas.

Tampoco puede prescindirse de dos figuras no coincidentes con la tendencia apuntada: José Antonio Domínguez y Jacobo Cárcamo. El olanchano fue el segundo vate suicida (el primero Manuel Molina Vigil, de gran sensibilidad pero falto de aliento original, y el tercero y ojalá último, el declinado y fuerte poeta Jorge Federico). Enloqueció después de escribir “Himno a la materia”, de gran precisión verbal y

hondo contenido filosófico. El de Arenal, Yoro, es insuperable en el arte de engarzar metáforas a manera de un prodigioso juego de artificios pirotécnicos. Ello constituye su inmenso atractivo y su limitación. Nos dejó también, como excepción dentro de su línea predominante, el bellísimo boceto autobiográfico “Carbón”. Dicho sea de paso, fue un militar (el coronel Federico Poujol), quien mejor supo “decir” con sobria y sugerente entonación versos de Jacobo Cárcamo y Medardo Mejía.

En la tertulia celebrada en “Paradiso” el 20 de mayo del presente año, y promovida por el Instituto de Ciencias del Hombre “Rafael Heliodoro Valle” se conmemoraron los sesenta años del nacimiento de Oscar Acosta. Fue un emotivo homenaje a quien tanto ha contribuido a la creación y a la divulgación no sólo de poesía, sino también de otras disciplinas, empeñado cordialmente en procurar que esta nuestra Honduras llegue a ser algún día, utilizando la tremenda y verídica frase de Jorge Federico: magnífica o menos terrible; o más dulce que amarga, como diría Rafael Heliodoro Valle. De estos seis decenios, Oscar pasó seis años en Perú y cerca de veinte en Europa, pero siempre en permanente contacto con la tierra irrenunciable.

Tuvo el privilegio de posar ante la cámara fotográfica junto a Rafael Heliodoro, de quien se convertiría en el hasta ahora único biógrafo. El maestro, incursionador en múltiples campos, lo auspició como “poeta en gracia de adolescencia” (tenía diez y nueve años). Con un título escamoteador (Poesía menor), publica en 1957, el segundo gran poemario de nuestro itinerario poético, seis años después de Color naval y once antes de Los pobres de Roberto Sosa. Con su dedicación y perspicacia habituales, Helen Umaña señala tres novedades que aparecerían en el breve volumen: gran

sobriedad, adjetivación de sabor nuevo y cercanía a lo conversacional. También Hernán Antonio Bermúdez lo califica como libro de “rara madurez”.

Dos años después, *Formas del amor*, y en la década siguiente *Tiempo detenido* (1961) *Poemas para una muchacha* (1963) En 1971, con *Mi país*, demuestra que su temple amoroso hacia gentes, cosas, plantas, animales (tuvo un gallo llamado “Geranio”) no estaba reñido con la indignación ni la protesta. Al mismo tiempo que poetizaba, Oscar se dedicó a la labor periodística, y desde ella promovió o puso un dique a los atraídos por la tentación de versificar, o de cincelar o machacar la prosa. Fue una especie de “Zar de las letras hondureñas” como pregonaba un amigo común, lamentable y prematuramente fallecido, Mario Guillermo Durón, nieto de don Rómulo, el primer antólogo de la pésima poesía que escribía en el siglo pasado y de su buena prosa. En los estertores del siglo actual, se podrían publicar rigurosas antologías con destacadas muestras en ambos campos.

Siendo Oscar subdirector de *El día*, entresacaba para su columna “Letras en la Arena” de los cables transmitidos vía teletipo, los últimos acontecimientos culturales. Otra de sus facetas ha sido la de director de revistas y antólogo. Honduras Literaria, Universidad de Honduras, Revista de la Universidad, Extra y antes Presente, junto a Roberto Sosa, con quien también prepararían antologías de la poesía y el cuento hondureño, y con Pompeyo del Valle, Exaltación de Honduras. Además, Poesía hondureña de hoy, Alabanza de Honduras, Elogio de Tegucigalpa, Los Premios. Como persona, está completamente alejado de esa conducta característica de cierto tipo de artistas, a quienes José Agustín Goytisolo llama: “Esos locos furiosos increíbles”. Nuestro autor es más bien adicto a la exquisita cordialidad (no olvida nunca la fecha de nacimiento de los amigos y transmite sus

saludos vía carta, visita o teléfono), y en país donde prolifera en toda su amplitud y con total impunidad la insolencia, practica con elegancia el buen humor y la atención respetuosa a los demás, sin prescindir de la saludable crítica.

A su regreso de España, ha sido una gran sorpresa para varios jóvenes escritores que tenían de él una imagen deformada por su lejana fama, encontrarse no con un monstruo sagrado, sino con una persona sencilla y laboriosa, autor de muchas “palabras tiernas y verdaderas”, que confiesa pálidamente “el miedo/que producen los candelabros feos/ y los malos vecinos” y la búsqueda de “un valle de ternura”.

Es conocido cantor del ámbito familiar: madre, padre, esposa e hijos. “Tengo siempre presente su tiemísimo rostro”; “es más tibio su corazón cuando me habla”; “yo quiero verlo aquí/lleño de sangre/y carne,/resucitado,/diciendo su palabra”, “no quiero que mi padre descanse/ en sorda tierra”, donde el “descanse en paz” obliga a los muertos a que “se refugien en su lápida”.

La esposa es “pan integral/ para mi cuerpo”; “vivir diariamente a tu lado/ es vivir en un reino/ y tener vida perdurable”, “somos nosotros juntos en un niño”, infante que goza en “su mundo de leche”, su “corto paraíso” pero también “gusta estar en vilo/ como si ya supiera/ de las delicias del peligro”. Mientras la niña es “dulce, tierna, tibia como un lucero”. La compañera amorosa es “el mejor exponente de la dicha”, “tu nombre es una lámpara, “todo el rocío del mundo”, “todo me lo traes, niña mía”, “y regresé a buscarte,/ amada entre la niebla”, “junto a tus ojos grandes/ ahora escribo”, “tienen algo de ti los vestidos que llevas”, “Insistente es el mar para tocar tu cuerpo”, “con mis dedos recorro tu sonrisa”, “la vida no sería el milagro que es ahora/

que tú existes”, “No es posible olvidar lo que siempre fue tuyo/
y vuelve al corazón y lo acompaña”, “Entre tú y el sol alto que
alumbra/ hay un pacto secreto”, “De tus labios surge un
idioma/ dulcísimo, un lenguaje secreto”, “Eres de la ciudad
pero en el fondo/ de tu corazón hay un canario, / un venado
salvaje, un lobezno”.

“La caballera de la mujer puede ser rosa/ extenuada o un río de
agua astuta”, y es digno de cantar también “el amor
acumulado”, “el cuerpo tibio de los enamorados”, el de los
amantes “tendidos en el lecho”, las “formas curvadas en
redondo océano”, y la peculiar existencia de varios seres, la
especificidad de ciertos hechos y situaciones. “El geranio
introdujo en el aire/ su lanza vencedora”, pero otras veces “en
las azoteas/ se entristece sin llanto”, o “se queda derrotado/ en
la esquina de la primavera,/ ahogándose en su aroma”. El aire
impuro de la ciudad es dragón “que engulle sueños todas las
mañanas”; “en voz baja se reía el silencio”; “como quien llega
en tren a la estación última de la vida”, “el milagro del fuego”,
“calienta la sangre como el vino”, “su lenta copa de vino”, “en
tus venas pretende viajar el licor”; “una flor de bronce tímido”,
“los ojos de la bella mujer son cuchillos de odio”; “una
golondrina/ que se quebró la pata/ aferrada al verano”; “El
uniforme brillo de la lluvia alta”; “La acostumbrada misión de
la ceniza”; “las murallas oyen en la noche, se dilatan, acosan”;
el teléfono es “una rumorosa flor”.

En los baúles, además de “florecitas muertas” que perfuman su
fondo/ antiquísimo”, se pueden encontrar “las cartas de un
general Redondo/ que nunca aprendió buenos modales”, y
“también encierra fantasmas enemigos”. Las manos del mundo
“se mueven en el aire/ formando rostros de humo” y
“simplemente me mira/ con sus bellísimos ojos/ de muñeco
vacío”. Los recuerdos “son niños que insisten en rodearnos”,
“el recuerdo es a veces tenaz”, trata de “volver lo desaparecido

a la luz tibia”. “El olvido es un túnel que abre lento”. Los perros “miran desde su lengua el silencio del amor”. El caballo “golpea el corazón terrestre”, “Aquí está la violencia en cuatro patas... Aquí está el huracán debilitado”; “el galope encendido de mis sueños”; “pájaros volando sobre un mar apagado”, “amurallado, vertical, el árbol está solo”. Los pinos son “columnas que nos llaman a la ternura y al sueño”.

Los parques “son un paraíso”; “los peces del estanque viajan muchas millas/ sin encontrar el mar que advierten en el aire”, “A estas estatuas vienen las palomas y rayos/ a eternizar la fría dignidad de la piedra”; “la vida salta como un alto ciervo”; la naranja “temblorosa muestra su secreto”. El canto a la patria incluye tanto la extrema devoción como el airado lamento: “Mi patria es altísima... Su forma irregular la hace más bella... su nombre se descompone/ en millones de cosas para recordármela.../ Lo he oído sonar en los caracoles incesantes”.

Pero la patria es también “tristísimo patio de rencores”, un zoológico en el que “los papagayos llegan a dignatarios del Estado/ y el “cauteloso jaguar” es juez. Se convierte en amo “el más astuto de los antropoides”. “Hoy los enanos gobiernan”, “se juegan,/ a puros golpes de audacia,/ la desgarrada túnica de mi país/ con dados marcados”, la “gritería es insoportable/ en este parque de fieras/ cercado con alambre de púas”. Es tierra de “hombres fatigados”, de “sujetos violentos”; “los niños asustados/ miran las brillantes carabinas” y “crecen miedosos bajo la sombra de los plátanos”; y después son “obedientes/ y tímidos/ vasallos”. Los “ojos severos” de las muchachas “no dicen lo que sus labios” y “su alegría incompleta/ nunca aparece en las fotografías”.

“Más de un siglo tienen las campanas de hablar en este país de sordos”, “los héroes de bronce siguen callados”. Aunque hay figuras bondadosas (el “sonriente abuelo del archivo”) y no queda cerrada la esperanza hacia el futuro. “La mujer de semblante inescrutable/ sigue viendo la puerta”, “Cuando hablo de mi país/ pienso en la anciana/ en su sobada silla de ruedas/ esperando a alguien que no llega”. Mientras “los periódicos hablan de derechos humanos y el carcelero/ se aburre más que un pájaro”. “En el amanecer de la ciudad/ un frío anónimo borra los mendigos/ y los hunde en un barril de polvo”. “Quién me trajo a este país/ ¿Qué hago aquí, Dios mío?”. Frente al “diario naufragio”, siempre queda “La poesía, madre dulcísima... el origen de todas las cosas”.

Tegucigalpa, 29 de septiembre de 1993.

Palabras en el tiempo, Año 1, No. 18, Diario *Tiempo*,
San Pedro Sula.

UDI-DEGT-UNAH

La poesía vital de Oscar Acosta

Julio Escoto

El libro *Poesía, Selección 1952-1971* de Oscar Acosta editado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en su colección *La Encina y el Mar*, en una selección definitiva del texto, ratifica las calidades ya reconocidas en Acosta de una palabra sobria y dulcemente manejada, construida sobre la arquitectura móvil de los objetos y los hechos cotidianos, plena de luz, poesía en voz baja, para rincones de alcoba y esquinas de soleado jardín.

Con una desnudez carente de efectismos retóricos (nada tropical en el umbraje de sus temas y sus recurrencias), Acosta recorre -no sin cierta inclinación narrativa-, el mundo familiar, el mini-orbe íntimo de las habitaciones con viejas cómodas en ángulo de sombra, la palidez de los retratos colgados, “las colmadas estanterías”, la mansedumbre de los parques provincianos junto a filas de caserones de vieja arquitectura y estatuas de héroes perdidos en la numeración monótona de “los calendarios antiguos”, para conformar una temática donde sobresale el espíritu de un autor sensible a las cosas mínimas de la vida.

Y en *Poesía, Selección 1952-1971*, existe una concatenada unidad de aliento a lo extenso de todo el libro, ya se manifieste en una casi obsesiva aparición de los geranios y las piedras preciosas (viejo recuerdo del encantado universo poético de Rafael Heliodoro Valle), ya en la motivación perenne de una piel de muchacha, de un rostro de muchacha, un cabello de muchacha, un agua y un silencio de muchacha:

*Si tus ojos se cierran, cierra
el mundo sus oscuras ventanas
y cae el ídolo de la ceniza,*

*se muere la luna en su madriguera,
tiembla el rocío en su nido de oro
y se terminan todos los caminos.*

Esta sección del poemario (o poma: manzana, fruto; vaso en que se queman perfumes) -*Poemas para una muchacha*, 1963- es lo único donde Acosta se somete a los 14 escapes (métricos) del soneto o de cualquiera otra rigidez métrica. El resto vaga hacia todas las formas que la plasticidad del pensamiento exige. Pero siempre hay en estas páginas blancas el claror, la brillantez doméstica, de un ambiente humano visto entre una luz clara de hombre maduro, tras la apetencia constante de un ojo poético descubridor de detalles mínimos, de gesto de vida.

Aunque Acosta no ha reproducido acá su *Responso al cuerpo presente de José Trinidad Reyes* (Perú, 1955) uno de sus más valiosos poemas, cierta dinámica del lenguaje, cierto mecanismo de la palabra se observa en toda su obra, dado por la abundancia del verbo (y de allí su consecuente sabor de vitalidad) y por la insistencia de la adjetivación proclítica. Las cosas y los seres son “mitológica orgía”, “encendida espuma”, “purísimo rostro”, “intacto silencio”, o “tristísimo patio de rencores”, todo en una comunicación coloquial, efectiva, hondamente tierna, en que una poesía de vino y de pan, de hojas de heno y de frutas fúlgidas deja ver al lector no sólo el regusto de transitar una existencia sino el rebelde y sereno acento de protesta por la injusticia, particularmente en *Mi País*.

Acosta forma parte de una fecunda trilogía de la poesía hondureña de hoy (heredera de una tradición estética intensamente telúrica en los sacudimientos de la naturaleza-naturaleza y de la naturaleza humana): Si Antonio José Rivas, conceptuoso y cerebral, constructor de una arquitectura cósmica es el numen, y si Roberto Sosa, popular y revolucionario, es el brazo de una poesía flamígera, Oscar Acosta, sedoso y diario y viril, es la repercusión de un corazón gozoso de la vida.

Boletín de la Academia Hondureña de la Lengua,
Año XXI, No.21,
Tegucigalpa, D.C., febrero de 1978.

UDI-DEGT-UNAH

Lo maravilloso y lo fantástico en la narrativa de Oscar Acosta

Helen Umaña

En la década del cincuenta, la narrativa hondureña transita los consabidos campos del criollismo, del romanticismo y del realismo socialista. En ese ambiente, que prolonga anacronismos más allá de lo observado en otros países de Centroamérica, Oscar Acosta (1933), en *El arca* (1956), maneja un discurso narrativo de vanguardia que, en la mayor de parte de los textos, cae dentro de la llamada literatura maravillosa y fantástica.

Tzvetan Todorov, al caracterizar dichos géneros, señala que lo maravilloso surge cuando lo sobrenatural es aceptado sin reticencias ni vacilaciones al interior del mundo narrado⁽¹⁾. Antonio Risco indica que lo maravilloso “sitúa de golpe al lector en un ámbito donde la manifestación de los fenómenos extranaturales no se problematiza”⁽²⁾. Lo extranatural o sobrenatural es lo normal. Justamente, el enfoque de ocho de los dieciocho cuentos que conforman *El arca*. Veamos:

1. “La veleta”: las brujas transforman a un gallo inoportuno en la primera veleta de la historia,
2. “El intrigante”: El intrigante es castigado por los dioses a no encontrar interlocutor. Sin poderlo evitar, a sus propias preguntas, él mismo se responde.
3. “El vengador”: el cacique Huantepeque queda ciego por una maldición divina.

4. “La espada”: el Príncipe Ricardo, aunque se deshace de su espada, no puede evadir que ésta le provoque la muerte, tal como le había vaticinado una bruja.
5. “Palabra de honor”: un comerciante falaz sufre la mutilación de la lengua, respuesta divina a una maldición realizada frente a La Meca por otro comerciante a quien él estafó.
6. “El regresivo”: un hombre de setenta años involuociona hasta llegar a recién nacido.
7. “El duende”: un duende habla de sí mismo.
8. “Los poetas”: se afirma la existencia de “molineros celestiales”⁽³⁾ con los cuales los mayas comparaban a los poetas.

Lo extranatural y la intervención de poderes o fuerzas sobrenaturales se visualizan como normales. Ni se busca ni se plantea la explicación racional. No hay asombro o extrañeza porque el único orden existente es el maravilloso. Los anteriores relatos -de brevedad extrema- pertenecen, pues, a este género. Seguidamente, una muestra:

Un gallo cantó tanto desde una cúpula que importunó a las brujas que en la noche celebraban en un bosque de Hungría hace setecientos años su sexto congreso mundial. Estas lo maldijeron ordenándole quedarse inmóvil y mudo donde estaba. Luego se olvidaron involuntariamente de él y desaparecieron entre la sombra. Así nació el primer gallo de lata de la historia o sea la veleta.

(“La veleta”, p. 13)

Aunque los límites entre lo maravilloso y lo fantástico a veces son imprecisos, en este último género se advierte la existencia de dos niveles: el mundo “real” y el sobrenatural. Lo insólito irrumpe como infracción al orden establecido y ello suscita el apareamiento de una vacilación entre la explicación natural y la sobrenatural. Lo fantástico -dice Todorov- “se define por la percepción ambigua que el propio lector tiene de los acontecimientos relatados.”⁽⁴⁾ Roger Caillois y Ana María Barrenechea coinciden con este señalamiento⁽⁵⁾. En *El arca* encontramos ejemplos de esta variante en los cuentos siguientes:

1. “El novio”: una joven sueña con un cerdo; al despertar, ve a su novio en situación semejante; su tía lo atiende y se cuenta que el novio de ésta murió hace muchos años. Todo puede ser una coincidencia (explicación normal) o es factible que, rompiendo los límites entre sueño y realidad, entre vida y muerte, tenga misteriosos vínculos entre sí. La mención aparentemente tangencial del novio muerto (en sentido estricto no tenía por qué haberse hecho) es un detalle muy sugestivo.

Suscita la inquietud del lector que puede formular preguntas como éstas: ¿cuál es la relación en el triángulo formado por el cerdo y los dos novios?; ¿por qué la tía es amable con el novio de la joven?; ¿será una reencarnación del muerto?; ¿es el cerdo la clave? La ausencia de explicaciones, lo inquietante en sí del factor onírico y la contigüidad al relatar los hechos, provocan la vacilación, la duda del lector, fomentada, además, por el estado psicológico con que, por la atmósfera general del libro, recepta el mensaje.

2. “La búsqueda”: un enfermo revela a su médico el secreto de la reencarnación; cuando éste muere, su rostro revela

complacencia. Lo ambiguo surge porque la “revelación maravillosa” (p.43) del enfermo puede ser una alucinación provocada por su estado de salud. En este caso, la sonrisa del médico indicaría un momento de paz interior en el momento de morir, provocado por una especie de autosugestión (explicación racional), Pero también existe la posibilidad de que la” revelación maravillosa” en verdad lo sea y ello daría otra razón a la sonrisa: el médico murió satisfecho: está seguro que reencarnará ya que sabe cómo hacerlo (explicación sobrenatural).

3. “El cazador”: un hombre sueña que él y un ciervo son, en realidad, uno; va de cacería y mata a un animal semejante; sus amigos, posteriormente, lo encuentran muerto, fulminado por un rayo. La muerte del cazador pudo ser provocada por el rayo y, en este caso el sueño sólo sería una coincidencia (explicación normal) o puede ser que entre ambas situaciones exista una enigmática relación. Estaríamos, pues, frente a un caso de nahualismo, de identidad entre un hombre y un animal (explicación extranormal o sobrenatural), uno de los grandes temas de la literatura fantástica.

En los textos mencionados, Oscar Acosta sigue el mismo plan de economía verbal, según podemos observar en “El cazador”:

Antes de la cacería el hombre soñó que era un altivo ciervo y al mismo tiempo su propia persona que disparaba contra el animal. Al día siguiente se le presentó la ocasión de cobrar una buena pieza, idéntica a la de su sueño, que lo miraba con ojos asustados al lado de un antiguo roble del bosque. El hombre apuntó con su escopeta a la frente con todo cuidado y disparó.

Sus acongojados compañeros de caza lo encontraron tres horas más tarde junto al roble con el cráneo partido por un rayo.

(pp.39-40)

Existe otra variante de la literatura fantástica que Oscar Acosta bordea: la que no precisa de elementos extranormales o sobrenaturales en sí. En este caso basta descender a las reconditeces de la conciencia o subconciencia para encontrar mayor complejidad y misterio que en cualquier monstruo creado por la imaginación más delirante. Es en ese campo en donde ubicamos cinco de los relatos restantes. Más allá de lo enunciado abiertamente, percibimos un trasfondo que conecta con las ambigüedades del espíritu humano. Una especie de realismo tamizado por una imaginación incisiva dotada de casi imperceptibles pero calculadas dosis de horror frío y cerebral. No es casual que en los cinco relatos encontremos el tema de la muerte, la situación límite por excelencia, fecunda fuente de lo sobrenatural, lo extraño, lo insólito⁽⁶⁾. A continuación, una interpretación de los mismos:

1. “Los combatientes”: en una pelea de gallos, uno vagando; de pronto, el perdedor le saca ventaja y lo mata. Lo inquietante radica en la perspectiva humana que asume el narrador quien, al contar el cambio operado en el gallo, dice: “sacando fuerzas de un lugar desconocido, el enemigo de Miguel se rehizo y como alumbrado por una lámpara diabólica con su cuchilla voraz buscó furiosamente las partes vulnerables del altivo cuerpo de Miguel (...).” (p.16)

Para el lector (que todavía ignora que se habla de un gallo), la mención de elementos vinculados a lo extranormal o terrorífico (“lugar desconocido”,

“lámpara diabólica”, “cuchilla voraz”) ha servido para crear un clima o efecto fantástico que, antes de esñtmarse, permite que el lector atisbe algo del misterio de la muerte⁽⁷⁾.

2. “El sueño”: un gallo (posiblemente Miguel) percibe su propia muerte. Lo inquietante es la óptica totalmente humana, asumida desde la propia conciencia del animal. El hecho además no admite la interpretación alegórica, tal como lo hacemos por ejemplo, con las fábulas de Augusto Monterroso.
3. “El hombre feliz”: el Hombre Feliz se suicida porque no soporta vivir en un mundo en donde hay tanta desgracia. El suicidio se califica de “misterioso” y resulta incompatible con la caracterización y el ambiente que rodea al Hombre Feliz. Nuevamente, el efecto de extrañeza se provoca mediante el recurso de mencionar hasta el final la causa del suicidio. Es entonces cuando el lector concluye que no es lo mismo el parecer (el hombre parecía feliz) y el ser (en realidad no lo era). La explicación, cae, así, en el terreno de la lógica.
4. “Secreto absoluto”. El Faraón Tanephtis hace cavar una tumba a los veinte esclavos que sepultaron a su esposa; junto con ellos envenena al hermano que le había preguntado qué hacían éstos y los entierra a todos. La asepsia, la frialdad con que se cuenta el múltiple crimen, crea un efecto siniestro en tanto acepta la crueldad o la deshumanización como elemento natural de la realidad. Por esta razón, como si nada anormal hubiese sucedido, se alude al estado anímico (“apesarado”) del faraón en su calidad de esposo.

5. “Los abuelos”: un hombre guarda las balas con las que asesinaron, en fechas diferentes, a sus abuelos. Al pensar en la posibilidad de extraviar una bala, afirma que con una bastaría ya que las muertes repercutieron “al mismo tiempo” en su corazón. El lector no se explica esta simultaneidad; presente, sí, la magnitud del dolor y del odio, sentimientos que, al darse vinculados al tema de la muerte (y en un texto contaminado por la proximidad de los otros relatos) colocan al lector en un terreno muy cercano al de la literatura fantástica.

En *El arca*, sólo “La letra Lh” y “los puentes habitados” quedan fuera de las categorías señalados. No es casual, por cierto, que ambos posean un cierto cariz humorístico. En el primero, con terca insistencia, la letra Lh alega sus pretendidos derechos de ingresar al idioma. En “Los puentes habitados”, un cacique jicaque inventa una ciudad trazada sobre hipotéticos puentes en el lago de Yojoa. La utilización del condicional o pospretérito (“estaría”, “unirían”, “sería”, “vivirían”) y de una forma perifrástica (“de haberse realizado”) impiden el ingreso a la dimensión fantástica. Desde el principio sabemos que la ciudad sólo fue un proyecto. No obstante lo señalado, estos cuentos no rompen la unidad del libro. Hay, en ellos, una nota insólita que conjuga con la atmósfera general de todo el texto.

La literatura fantástica busca justificaciones que den idea de verosimilitud. Antonio Risco las califica de “seudojustificaciones” que “disfrazan el relato con una apariencia realista”⁽⁸⁾ Los recursos para lograrlo son amplios: prólogos explicativos, apoyos en la religión, en el folklore, en las creencias populares, etc.

Contrariamente, lo característico de la literatura actual es que, liberada de todo realismo, “no necesita en modo alguno darse aires de verosimilitud (...) no tiene por qué buscarse justificaciones de orden racional (...) ni por qué preparar el autor al lector. (...) Buena parte de los relatos maravillosos y fantásticos del siglo XX (...) se presentan al lector cínicamente, en toda su irrealidad agresiva, demoledora (...).”, completa Risco⁽⁹⁾.

Oscar Acosta, en *El arca*, se aparta de las modalidades tradicionales que observamos, por ejemplo, en *Cuentos del amor y de la muerte* de Froylán Turcios. En Acosta existe una sensibilidad nueva que se puede ubicar dentro de lo que Jaime Alazraki denomina “neofantástico” entre cuyos Cultores tenemos a Jorge Luis Borges y Julio Cortázar.

Acosta elimina lo tenebroso romántico, de truculencias basadas en fantasmas, cementerios, ánimas en pena y seres de ultratumba; no acude a planteamientos criollistas que, separando el “mundo real” del mundo sobrenatural, hacen de éste un producto de la superstición popular; cambia el ámbito rural y local por la referencia cosmopolita; trabaja planos de irrealidad en donde la imaginación, más que trazar una escena verídica, construye una anécdota para indagar o aludir a un concepto universal.

También, del discurso narrativo elimina la joyería modernista o posmodernista para entregarnos un lenguaje sobrio y directo del cual están ausentes la ampulosidad y el retoricismo. Evita las digresiones personales para construir textos de aparente objetividad y frialdad, textos impersonales dentro de una línea cerebral que tiene en Jorge Luis Borges a uno de sus más claros exponentes.

Por esas y otras razones, *El arca* es un texto de ruptura con la tradición narrativa hondureña que, quizá por haber sido publicado en Perú, careció de inmediatos continuadores en el solar patrio. En este sentido habrá que esperar hasta fines de la década de los sesentas para que Julio Escoto, Eduardo Báhr y Marcos Carias Zapata realicen el segundo y definitivo momento de ruptura.

1. Tzvetan Todorov, *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires: *Tiempo Contemporáneo*, 1972, p.54.
2. Antonio Risco, “La literatura fantástica en Hispanoamérica”, *Alba de América*, núms. 2 y 3, vol.2 (julio-diciembre, 1984), p. 101.
3. Oscar Acosta, *El arca*, Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1991, p.25. Las páginas correspondientes a citas posteriores se incluirán después de éstas.
4. Todorov, *op. cit.*, p.41.
5. Citados por A. Risco, p.102.
6. Todorov dice: “lo fantástico representa una experiencia de los límites”, p.113.
7. Todorov, al analizar ciertas obras afirma: “el efecto de lo fantástico se produce solamente durante una parte de la lectura (...) nada nos impide considerar lo fantástico precisamente como un género siempre evanescente.” (p.54).
8. Risco, *op. cit.*, p.104
9. Loe. Cit.
10. Julia Cruz, “Una variante de lo neofantástico: Bautismo ausente de Enrique Jaramillo Levi”, *Alba de América*, núms. 6 y 7, vol.4 (julio de 1986), p.146.

San Pedro Sula, 31 de julio de 1993.

UDI-DEGT-UNAH

Oscar Acosta, palabra hondureña

Luis Jiménez Marios

La extensión de un país no es directamente proporcional, por supuesto, a su densidad de poetas y a la importancia de los mismos. Esto puede escribirse como un axioma. La América del Centro -Honduras, Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, El Salvador- representa, en este sentido, un fenómeno de permanentes consecuencias, que va más allá de los nombres clásicos, algunos tan inauguradores como Rubén Darío. Oscar Acosta nacido en Tegucigalpa el 14 de abril de 1933 y nombrado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Honduras en España el 2 de mayo de 1973 (dos cifras históricas muy nuestras en una biografía personal), publicó en 1971 el libro *Poesía hondureña de hoy*, y ello permitiría conocer un panorama joven, ya que el primer incluido, Elíseo Pérez Cadalso, es de 1920, y el último, José Luis Quesada, de 1948, siendo veinte los autores recopilados. Confieso que mi interés por la nueva poesía hondureña tuvo mucho que ver con el hecho de que Roberto Sosa ganara con su libro *Los pobres* el Adonais de 1968. Así que el libro de Oscar Acosta, poco después, venía a probar que, al fondo de esa circunstancia afortunada y reveladora, había un conjunto coherente, una situación digna de ser apreciada en su totalidad.

“La poesía hondureña -afirma Acosta en el preliminar de su antología- refleja el medio social, el ámbito en que nos movemos todos con nuestras desdichas y fracasos. Nación de masas sometidas es la nuestra, y la voz de sus poetas -

como la de Jacobo Cárcamo- no puede traicionar la realidad, lo que está ante nuestros asombrados ojos”. Y también: “la joven poesía hondureña tiene un rasgo nostálgico esencial, un ensimismamiento o serenidad que le da una forma peculiar”. Y, efectivamente, éste es el caso, que el volumen a que me refiero demuestra de punta a punta. Yo diría que, en la lírica hondureña, el neorromanticismo acierta a convivir con un realismo provocado por ciertas urgencias sociales; el íntimo espacio-tiempo de los poetas acostumbra a estar conectado con la imagen de la patria, con una tradición - buenos romanceadores y sonetistas- o los cauces libres. Y otra nota: se inclinan a ser precisos en su lenguaje, a usar contexturas no desbordadas. César Vallejo es quien protagoniza, sobre todo en los más bisoños, el mayor grado de influencia magistral.

Llega el momento de encaramos a la directa motivación de este escrito: la obra propia de Oscar Acosta, autor de numerosos libros de poesía, diplomático con importantes misiones en diversos países, presidente del PEN Club de Honduras, Jefe del Departamento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, desde 1958 y 1965, fundador de la editorial Nuevo Continente, etc. Poeta, pues, acostumbrado a la acción cultural. Ahora, en trance de hacer un resumen de su faena, que esto constituye Poesía (Selección 1952-1971) editado este año en la Colección La Encina y el Mar del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Antólogo de sí mismo y, recientemente, de textos literarios sobre su país, en Alabanza de Honduras. El premio que un poeta de lengua hispánica puede llevar con más honor es el Rubén Darío; lo posee desde 1960, otorgado, naturalmente, en Nicaragua.

En el arranque de la poesía de Acosta está allá muy visible uno de los elementos que la caracterizan hasta hoy; el amor

como componente ligado de modo continuo a la realidad. Ese signo tiene dos fases: en la primera, *Poesía menor* (1957), lo amoroso sustancia un impulso hacia la objetividad; como en Pedro Salinas, por ejemplo, del que hay ciertos rastros casi literales -así, “por una gracia tuya, el teléfono/ en una rumorosa flor”-, es la amada lo que da sentido a las cosas, lo que unifica el mundo tangible, lo que subjetiviza el orden en apariencia objetiva Pero ya entre esos poemas hay dos que anticipan otro de los temas que Acosta ha de tratar en adelante: Honduras. “El nombre de la patria” es una visión, con técnica paralelística, del país como entidad de todos: “Por eso digo que más allá del hombre, / del amor que nos dan en cucharadas/ de la presencia viva del cadáver,/ está ardiendo el nombre de la patria”, mientras que “Los pinos de Honduras” es una visión de naturaleza concreta.

En la siguiente fase, el amor se transforma en pura lírica y desde dentro, según atestigua el único y admirable poema de *Formas del amor* (1959), con una intensa, romántica y espiritualizada sensualidad, que busca de continuo las relaciones naturaleza/ sentimiento:

*Las alondras ciegas, la humedad,
los ríos abandonados
y todo aquello que no tiene calor
entre tus manos recobra vida,
pues constituye un alimento nuevo,
un cereal ignorado,
un vino alentador,
una bebida láctea,
un completo reposo;
cúmulo de venturas
contra la posesión de la tristeza.*

Este último verso es defmitorio de una actitud vital, que en Oscar Acosta permanece a través de distintas notaciones y que, más adelante, halla su complemento en ese “Estar solo es no estar contigo”.

Si en estos libros iniciales abunda el ritmo levemente curvado, a partir de *Tiempo europeo* (1960) lo normal es la tendencia a la contención, al soneto (algunos sin rima), al imaginismo. Los sonetos -sólo estructuralmente tales- ocupan, por cierto, todo un libro: *Poemas para una muchacha*, al que cabe llamar esteticista. Es en *Escritura amorosa* (1962) donde cuaja no sólo el sentimiento a que el título alude, sino también la variación de perspectivas respecto al motivo central, aunque el sujeto del poema sea el amante, por lo común desde la ausencia:

*Lejos de esta ciudad soy otro,
distinto a todos
los habitantes de este sitio.
Sólo tu amor me acerca al paisaje que vi
por vez primera, que me dio luz y sombra,
que amo y odio confusamente
por ser suelo sin paz,
tierra golpeada todavía.*

Tierra golpeada, patria, razón de ser. Apartir de “*Vitrales*” (1958-1962) se impone a la palabra de Oscar Acosta su incardinación plenamente hondureña, y, con ella una mayor energía del estilo y el consiguiente entrañamiento. Este entrañamiento traspasa también en otra dirección, pero no distante. *Círculo familiar* (1952-1965) -magnífico logro “La madre ausente” -. La madurez lleva a otra clase de amor, que aquí se reparte entre lo más próximo del poeta, los suyos, y la comunidad. La sensualidad es

adolescente; la ternura necesita tiempo. Y es la ternura quien manda aquí, pero no sin tensiones. Ambas confluyen en “Que no descanse”, uno de esos hallazgos que bastan para dar crédito a quien lo ha escrito. Es una elegía al padre del poeta; pero, al mismo tiempo, un esfuerzo por no aceptar la muerte:

*Descanse en paz
les dicen a los muertos
para que se refugien
en su lápida.
Pero no quiero
que mi padre descanse
en sorda tierra.
Que no descanse.
Que su nombre tiemble.
Guerra a la muerte.*

Entiendo que esa crispación supone una especie de prólogo para penetrar en lo que muestra *Mi país* (1971). Al decirnos lo que, a sus ojos y corazón de poeta, es Honduras, Oscar Acosta no apela a los grandes planos de la épica, sino, por el contrario, a instantáneas en las que, delicada o duramente, con invariable sobriedad de verbo, caben una serie de perfiles y relumbres de una realidad humana y, por tanto, social. El lenguaje no se exalta ni se descoyunta. La imagen y la emoción, bien empastadas, hacen el oficio de ir descubriendo lo cotidiano, lo humilde, lo común y también lo aleatorio, injusto y acaso circunstancial. De cara a esto último, Acosta da a su voz un timbre irónico:

*Los efusivos simios
cantan y tocan la guitarra*

*y sirven al amo con alegría,
cumpliendo sin chistar las órdenes
que imparte el más astuto de los antropoides.*

Su denuncia prefiere ir acompañada del sarcasmo. Hay otro tono cuando declara:

*Mi país está hecho de niños ciegos,
de mujeres olorosas a ropa,
de sujetos violentos,
de ancianos
de bruces sobre el olvido.*

Y una firme decisión:

*Y quiero que lo que diga
no sea sólo amor acumulado.*

*Un hombre de pie
puede tocar sin miedo
a los astutos reptiles.*

Es así como el amor se extiende a la proximidad ciudadana. Es así como Oscar Acosta temple su poesía y la conduce a un destino fuera de lo individual. En ese tránsito, no pierde la belleza, ni la intuición, ni los recursos expresivos, que en esta última etapa, se toman vigorosos y determinados por la exigencia de la realidad, que, a su vez da paso a los símbolos: (“Silla de ruedas”, por ejemplo), a los escorzos de la imaginación. El ritmo cortante sustituye a las ondulaciones. Oscar Acosta representa, con esta su antología personal, no poco de lo

que es advertible en la poesía que él supo y vuelvo al principio, ofrecer en un panorama insustituible para el conocimiento de su trayectoria, a la que Oscar Acosta ha aportado valiosamente su huella centroamericana.

Revista *La Estafeta Literaria*, Madrid,
1º. de octubre de 1976.

UDI-DEGT-UNAH

Un poeta poliédrico y humano

Segisfredo Infante

Oscar Acosta es un escritor poliédrico. Su poliedro vital es de superficies espejeantes, ya de cerámica nativa policromada, o de texturas aterciopeladas de color marrón. Y son varias e importantes sus facetas: por uno de los lados se le ve como poeta y narrador, por otros como biógrafo, diplomático, antólogo, o como jefe-fundador de casas editoras y coordinador de excelentes páginas y revistas literarias.

Es difícil atraparlo en una sola dimensión. Es que su que hacer se ha venido nutriendo de aquello más logrado de la herencia intelectual hondureña, y de la cosecha de sus transmigraciones diplomáticas y literarias por Suramérica y Europa. (Esto lo hemos sostenido ya, en el artículo-prologo “Oscar Acosta y sus huertos literarios”, Editorial Universitaria, UNAH, agosto de 1991).

Esa actitud poliédrica positiva la encontramos por lo menos en uno de sus antecesores directores: en el polígrafo de América, el hondureño Rafael Heliodoro Valle, de quien el poeta Acosta es uno de sus importantes biógrafos.

Oscar Acosta, como Rafael Heliodoro Valle en México, y como sus amigos Medardo Mejía y Ramón Oquelí en Honduras, lee de todo, se relaciona con todos, y es bastante benévolo con los escritores jóvenes. Porque ante todo la calidad humana, la humildad. Después por añadidura la disciplina en el trabajo y la calidad poética, que Acosta pone

de relieve desde su mocedad: *El arca* (1956), y *Poesía menor* (1957). Son obras constitutivas de la literatura hondureña contemporánea, que siempre al final tendremos que releer con mucho cariño y tacto, porque son textos que presuponen la ruptura y continuidad. Ruptura con algunas de las rimbombancias del “modernismo”, y continuidad con lo selecto de la poesía y narrativa hispanoamericanas, europeas y orientales. Más al fondo de las narraciones con motivos mayas de Oscar Acosta, asoman las pedrerías de “Las mil y una noches”, o los discretísimos fantasmas de Franz Kafka y de Jorge Luis Borges. Luego de la pureza de sus primeros poemarios bien podremos deducir su patricio parentesco con el hondureño Claudio Barrera, con el español Juan Ramón Jiménez y con el poeta turco-griego Nazim Hikmet. Influencia y parentesco. Nada más. Porque Oscar Acosta cultiva sus propios huertos y cosecha sus propios frutos y flores íntimas.

En cuanto al poemario *Mi país* (1971), siendo muy delicado su tratamiento social y político, será motivo y razón de un análisis posterior. Lo único que diremos por ahora es que Oscar Acosta ha sido en Honduras el espejo de su cultura de su época, tal como lo fueron el Hamlet de Shakespeare, o Rafael Heliodoro Valle en la pluma de Alfonso Reyes. Acosta ha sido un verdadero promotor de los valores hondureños actuales y añejos; ha exaltado lo positivo de la patria sin ninguna mezquindad, y no solamente ha incentivado a escritores de su propia generación (algún día se dirán sus nombres), sino a los escritores de “la nueva ola”. Por dondequiera que ha estado, ha hecho circular las modestas publicaciones y los nombres de los hondureños. Ha sido un digno representante de la diplomacia cultural.

Respecto de la calidad poética, según Rafael Heliodoro Valle, Acosta es “ejemplo de sobriedad para los que irrespetan la palabra”, y ha sido analizado favorablemente por José Manuel Caballero Bonald, por Enrique Anderson Imbert, por Alfonso Reyes y por otras poderosas plumas del hemisferio occidental. Por ejemplo: en diciembre de 1966 el nicaragüense Palo Antonio Cuadra, lo señala como “el mejor poeta que ha producido Honduras”. Don Medardo Mejía, en conversación confidencial de comienzos de 1981, expresó sin muchas explicaciones que de los poetas hondureños nacidos en los años treinta, él prefería a Oscar Acosta. Y Hernán Antonio Bermúdez, en abril de 1993, afirma que Oscar Acosta “ha sido el lírico más puro, del más acendrado tono confesional”. Yo personalmente me solazo con estos elogios al amigo, al escritor, convencido sin embargo que serán los imparciales lectores del futuro los que mejor aquilatarán estas tempranas propuestas que en el fondo son la génesis de bellas anunciaciones.

Tegucigalpa, M.D.C., 8 de octubre de 1993.

Los Autores

Carlos López Contreras.-Diplomático de carrera, Ex canciller de Honduras.

Leonel Alvarado. Poeta y académico. Actualmente profesor en la Universidad de Massey, Nueva Zelanda.

Héctor M. Leyva.- Profesor en la UNAH, crítico literario y ensayista.

Rigoberto Paredes.- Poeta y ensayista. Fue Consejero Cultural en la Embajada Honduras en México.

Hernán Antonio Bermúdez.- Crícoliterario y diplomático de carrera. Ha sido Embajador en varios países.

Sara Rolla. - Crítica literaria y ensayista. De origen argentino, fue profesora en la UNAH-VS durante muchos años. Reside en San Pedro Sula.

Eduardo Bahr.- Narrador y ensayista. Fue profesor en la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán durante un largo período.

José Antonio Funes.- Poeta y diplomático. Actualmente labora en la Misión Permanente de Honduras ante la UNESCO, en París.

José González.- Poeta e investigador literario. Se ha destacado como gestor cultural.

Rafael Leiva Vivas.- Escritor y diplomático de carrera. Actualmente se desempeña como Director de la Academia Diplomática.

Roberto Flores Bermúdez.- Diplomático de carrera. Ex canciller de Honduras.

Giovanni Rodríguez. - Poeta, narrador y ensayista. Es profesor en laUNAH-VS.

Rolando Kattán.- Poeta y animador cultural. Dirige un programa de entrevistas en la TV.

Gustavo Campos.- Poeta, narrador y ensayista. Ha laborado en la Dirección Regional de Cultura en San Pedro Sula.

Rafael Heliodoro Valle.- Hombre de letras y diplomático. Vivió largos años en México y fue Embajador en Washington.

Arturo Mejía Nieto. - Escritor y diplomático. Vivió muchos años en Buenos Aires.

Pablo Antonio Cuadra.- Escritor y periodista nicaragüense.

Ramón Oquellí. - Escritor y profesor universitario. Estudioso de la historia de Honduras.

Julio Escoto. - Narrador y editor. Fue director de la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), en San José de Costa Rica.

Helen Umaña.- Profesora universitaria y crítica literaria. Vivió muchos años en Guatemala.

Luis Jiménez Marios.- Poeta, narrador y crítico literario español.

Segisfredo Infante. - Periodista e historiador. Columnista del diario “La Tribuna”.

Este libro se imprimió en los talleres
de Litografía Iberoamericana de Tegucigalpa, Honduras, C.A.
en el mes de septiembre de 2015,
Su tiraje consta de 1000 ejemplares.

Amanece el alma de Oscar Acosta. Alma de poeta en su mundo amargado y dulce. La extrovierte en este soneto (de amor) construido con precoz experiencia. Este soneto se halla transido de nostalgia, de intimidad que grita en ambiente de claroscuro, de discreción, de intimidad. Un poeta pundonoroso, que ha encontrado ya su camino y por él va hacia ese mundo del sueño, en que nuestra alma rescata su pureza.

Rafael Heliodoro Valle

La propuesta de Acosta consiste en una aproximación “en voz baja” a la poesía. Es decir, una relación íntima entre el poeta y el lenguaje.

Leonel Alvarado

El poeta denuncia la injusticia, la inmoralidad, la brutalidad que padece el país pero lo hace desde la condición de una víctima. Se compara con un niño que al abrir los ojos descubre el “cielo de color plomizo” del lugar en que ha caído. Como reza el título del poema es un “Niño grande”.

Héctor M. Leyva

“Los Amantes”, de Óscar Acosta, es uno de los poemas más completos de la poesía hondureña moderna y fue escrito hacia finales del decenio de los sesenta del pasado siglo, por muy contemporáneo y actual que parezca.

Eduardo Bähr



F M H H
FUNDACIÓN PARA EL MUSEO
DEL HOMBRE HONDUREÑO



9 789992 651506
Derechos reservados